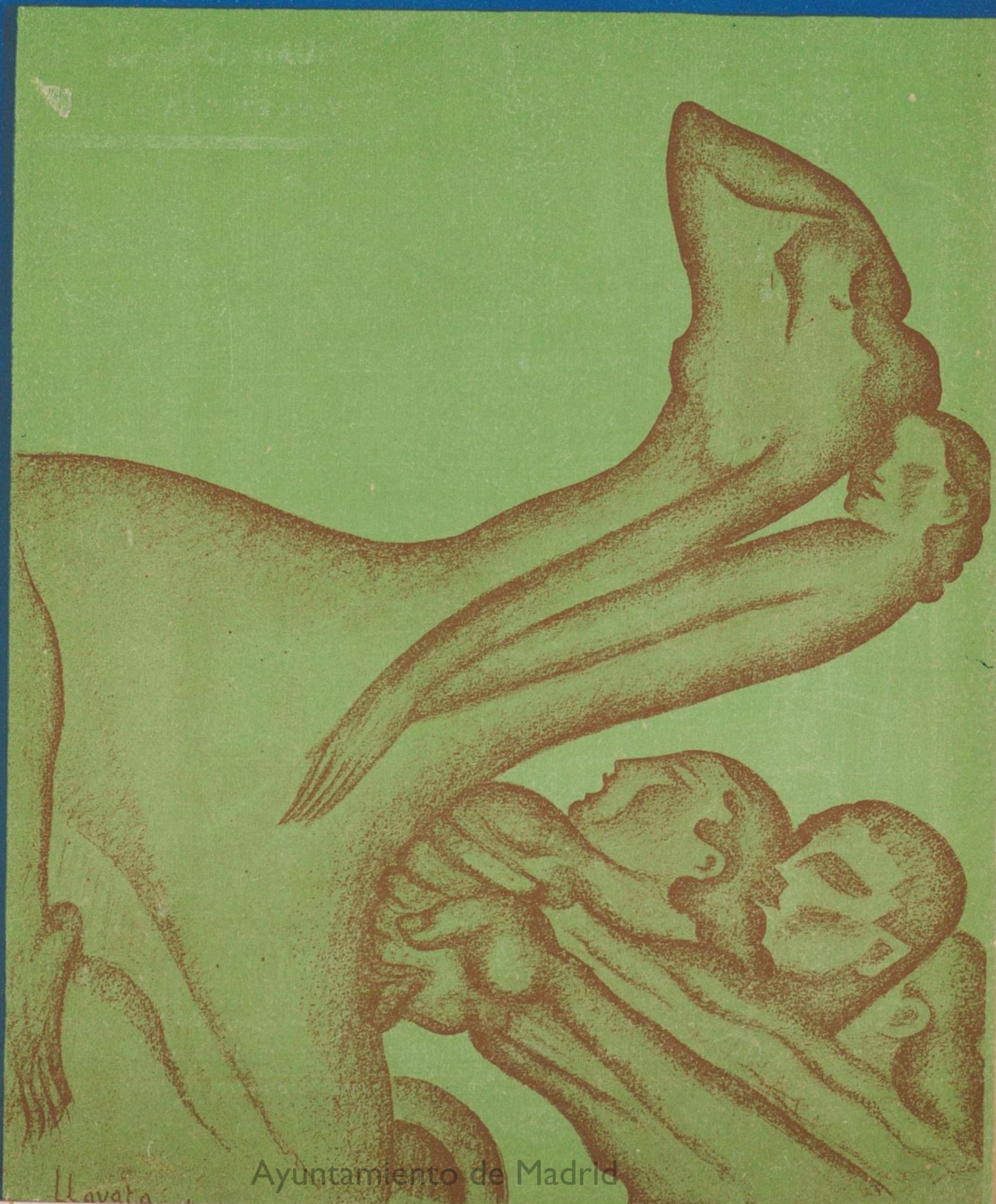


# LIBRE-STUDIO



Ayuntamiento de Madrid

Llavata



# LIBRE - STUDIO

NÚMERO

11

VALENCIA - JULIO

---

ESCRITOS

DE

*P. Ganiwet*

*E. González Blanco*

*H. Noja Ruiz*

*Félix Paredes*

*Santana Calero*

*Cyrano*

*Arsenio Olcina*

*C. Cano*

*y otros*

ILUSTRACIONES

DE

*Llavata, y Barat*

1'25

PESETAS

---

REDACCION Y ADMINISTRACION: Nicolás Salmerón, 13. bajo - Apartado 495

TALLERES : Impresos Cosmos - Pintor Salvador Abril, 38 - Valencia



# Libre-Studio

*Revista de Acción Cultural al servicio de la C. N. T.*

A Ñ O

Valencia, julio de 1938

NÚMERO

III

Redacción y Administración: Avda. Nicolás Salmerón, 13, b.

11

Apartado de Correos 495

Teléfono 12.148



19

JULIO

la fecha del 19 de julio. Dos años de lucha, en los que el pueblo ha ido superándose en el sufrimiento. Enaltecándose envuelto por el trágico espectáculo de la guerra. Ya no teme. Ni desfallece, ni duda.

Erguido, resiste asombrosamente a la brutal invasión, rechazándola con esfuerzos sobrehumanos. Y como la piedra arrojada a la abismal torrentera, adquiere velocidad y fuerza conforme va llegando a lo profundo de su destino, indiferente a los rebotes con las rudas aristas, así los trabajadores españoles cada día que transcurre reúnen más tesón, ponen más ardor y fe en el logro de la victoria. Porque ésta significa la libertad y la independencia de la patria amenazada por el sable peligroso de un militarismo traidor y brutal.

Lo que se inició como un pronunciamiento vulgar que impulsó al pueblo a recurrir a la violencia, se ha convertido, en el transcurso de los días, en guerra de rescate.

Rescatar la soberanía popular conculcada por las fuerzas de la superstición y el fanatismo.

Rescatar de extrañas y formidables presiones, el espíritu ibérico, amplio y generoso.

Rescatar a España del yugo extranjero. Que nadie sacrifique su porvenir ni estanque su presente.

Que ella por su propia voluntad elija, sin violencias ni imposiciones, el rumbo político-social que prefiera.

Y por lograrlo iniciamos el tercer aniversario de lucha, dispuestos a todos los sacrificios. A los más imposibles esfuerzos. Haciendo surgir vigorosamente nuestras ancestrales energías. Y a vivir exclusivamente para la guerra. Hasta terminarla con la paz fraternal, libre y feliz que la



# A los dos años

*¡Qué emoción emocionada  
la de nuestro Emocionario!  
A los dos años de guerra  
más seguros nos hallamos,  
más fuertes en nuestros credos,  
mucho más equilibrados,  
mucho más antifascistas  
y mucho más proletarios.  
En Julio del treinta y seis  
trepidaban los disparos.  
En Julio del treinta y ocho  
continúan trepidando.  
De cada trepidación  
España, la del Trabajo,  
más enardecida sale  
a contender frente al fascio,  
y cogiéndole del cuello  
convierte al cuello en un trapo  
y al trapo convierte en polvo  
y al polvo convierte en fárragos  
de nada, y las negaciones*

*por Félix Paredes*



*no dejan siquiera rastro.  
¡Julio de mil novecientos  
treinta y ocho: los ribazos  
te saludan; te saludan,  
ardientes, los altozanos;  
los mozos te ofrecen vidas;  
las mozas te ofrecen ramos!  
¡Qué guapo es el diecinueve  
de Julio, pero qué guapo!  
La Muerte misma le hace  
la corte con tal descaro  
que se viste de muchacha  
por ver si logra embaucarlo.  
¡Y no lo logra! El galán  
acertó a pasar de largo.  
Y la Muerte lo respeta,  
aunque le sigue los pasos.  
El va delante. La Muerte  
va detrás. Mas es en vano.  
¡El diecinueve de Julio  
la remató en un barranco!*

---

Revolución promete. Sin miramientos ni flaquezas; llegando al heroísmo y a toda abnegación. Incluso hasta, como dice aquel pasaje de la obra del españolísimo y culto Ganivet, que describe el suceso ocurrido en uno de esos países cercanos al Polo Norte, a un hombre que viajaba en trineo con cinco hijos suyos: "El malaventurado viajero fué acometido por una manada de hambrientos lobos, que cada vez le aturdíán más con sus aullidos, y le estrechaban más de cerca, hasta abalanzarse sobre los caballos que tiraban del trineo; en tan desesperada situación tuvo una idea terrible: cogió a uno de sus hijos, el menor, y lo arrojó en medio de los lobos; y mientras éstos, furiosos, excitados, se disputaban la presa, él prosiguió velozmente su camino y pudo llegar a donde le dieron amparo y refugio. España debe de hacer como aquel padre salvaje y amantísimo; que por algo es patria de Guzmán el Bueno, que dejó degollar a su hijo ante los muros de Tarifa. Algunas almas sentimentales dirán de fijo que el recurso es demasiado brutal; pero en presencia de la ruina espiritual de España, hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón, y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos."



Gime la Humanidad entre trincheras. La masa acarnerada es siempre la última en aprender. ¡Triste destino el suyo! Dócil ante el mandato despótico, y, rebelde ante la indicación persuasiva, camina dulcemente al Matadero. Sobre el cerebro confuso e incoherente de la masa, veinte siglos de educación falsa, oscurantista, estúpida y dramática han creado en ella la interpretación «virtuosa» de la mansedumbre. Y por esto sus actos están impregnados de matices rebañiegos y cuando de ella surge algún hombre, destacándose en el conjunto, la misma impureza que existe en el fondo sube a la superficie trocada en palabras barateras y gestos jacobinos. Yel jacobinismo es, históricamente, la antesala de la traición.

Vamos hacia el Matadero Universal. Verdad es que los hombres con toda su hinchada filosofía son inferiores al arroyo y la paloma. Quizá la culpa de su gran tragedia es haberse sumergido bien hondo en las minas y haberse adentrado excesivamente en los tugurios fabriles y haber puesto demasiada atención a los redentores que no se redimieron.

¡El Matadero! No he observado aun res alguna que trate de aureolar su muerte con palabras arrebatadoras y canciones febriles en que lo pesimista y sombrío substituye a la belleza y el optimismo.

Allá van, dóciles y ungidos por la gran mentira. Enarbolando banderas multiformes con las que quieren lograr la libertad como si la secta liberase. Nuestra época es la del *hombre-engranaje*. Pieza en las fábricas de Ford o Citroën; de Krupp o la Casa Wickers... Pieza en el Partido y en su vida íntima. Pieza, siempre pieza. Preguntádle a que ritmo obedece y os contestará exaltando «su» personalidad. Reiros escandalosamente. El *hombre*, ¿está perdido? Así parece porque en su lugar sólo hay una punzante realidad: *el hombre-engranaje*.

Ahora mismo estoy escuchando muy cerca del lugar en que escribo, la voz de un piano mezclada con un «vals» que canta una mujer. ¿Será esta la «voluntad de armonía»? La mansedumbre de los carneros bípedos nos depara estos contrastes. La Humanidad antes de exterminarse se recrea exaltando la vitalidad del Arte. Algo masoquista bulle en sus entrañas. Frente a la Muerte, a la que camina voluntariamente, los hombres gozan oponiéndola lo que más bello tiene la Vida: la sensualidad artística.

Pero la masa está dominada por las contradicciones. Por eso habla en una parte del Mundo de unidad mientras fecunda el atentado contra ella; por eso, en otro lugar canta las excelencias sentimentales de una democracia, doblemente petrolera: por su amor a las consecuencias financieras de la natfa y por su odio terrible a los socialistas. ¡Preguntadle a Sacco y Vanzetti, y Ton Mooney! Por eso todos vamos al Matadero. Porque el *individuo* anulado por el laberintico engranaje de la sociedad civilizada deja de existir no sólo para exaltar la propia vida sino, incluso, para ejercer el atentado personal que si bien es horrible porque mata un sér, libera en cambio a millones de carneros que por el impulso demoníaco de los dictadores va hacia la matanza.

La Humanidad está metida entre trincheras. Están ya lejos los tiempos en que Schopenhauer, Kant, Spinoza, Descartes, Rousseau, etc., ergotizaban sobre la ética y el análisis de las pasiones humanas. Ya no se habla de eso *El hombre-engranaje* al hundirse en el fondo de la mina, al cobrar desde el Estado la tarifa por la venta de carne prostibularia y seguir perpetuando la «moral» católica, sólo ha hecho el sacrosanto sacrificio de hacer de la hipocresía un factor de convivencia social.

Al huír de la religión panteísta hecha olas, verde, óvulo, espermatozoide, amor y risas, el hombre se ha obsesionado terriblemente por lo trágico.

Y claro es que, cuando en el Mundo no se oye hablar más que de economía colectiva o individual. Estadoo. masas, consignas y otras cuantas frases ya estereotipadas no puede haber lugar para el individuo. Este se oculta y tiene miedo de hablar. Sabe es antisocial y tiene miedo le maten sañudamente. Y aspira por lo menos, como profeta, a contemplar desde su atalaya cómo la Humanidad muere, matada por la cultura oficial de Oriente y Occidente.

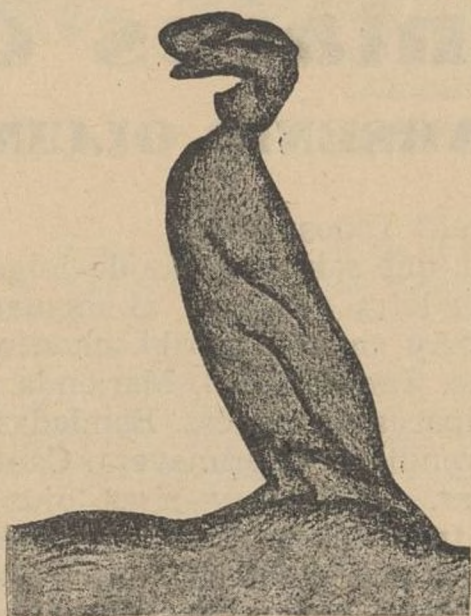
Es lo menos a que tiene derecho como Hombre-Individuo.

## La tragedia de nuestro tiempo

por

J. Santana

Calero





**Trazos del frente**

# **Cantares de guerra**

**por ARSENIO OLCINA**

¿Quién los crea? Todos. Nadie.

Viejas tonadas que saben a días de jolgorio resurgen con una letra adaptada al momento. Ved el castizo «¡Ay chiribi, chiribi, chon!»

Antes: Pascua. Tarde de sol. Merienda con habas tiernas. Alpargatas blancas. Bandadas de sexos jóvenes encendidos de primavera. Cantando, siempre entre canciones y risas, ojos en acecho o manos trémulas que amparándose en la inocencia del juego acarician un muslo o apresan en un instante atormentador la turgencia de un seno joven. «La tarara». «El chiribi». Había letras con pimienta: ¡esas chicas que no saben ser limpias y sí saben llevar un muchacho en la barriga!... Otras, cómicamente ingenuas: el cura que recoge un excremento creyendo que era un rosario.

Ahora, también hablan de mujeres, también hay letras picantes. ¡Pero qué poco «asustan» estas frases a los muchachos de allá arriba que cantan, cantan impávidos mientras en torno revienta metralla o van librando de «trimotores» su camiseta interior! Sus canciones hablan de bombas, cañones, muerte, sexo, en una mescolanza que arranca risas tal vez por lo caótica.

Si mencionan el pelvis, acaso sea para comparar su vello a las barbas de tal o cual personaje destacado. Ese cañón antiáereo recuerda que

«... se le empinó al Moro Juan.  
Y aunque venga la aviación  
va adelante el batallón  
se le empinó  
se le empinó»

Si son muchos, hace muy buen efecto la tonadilla del «¡Ay Manuela!». Se le puede aplicar toda clase de letra. Por ejemplo, si los vecinos de enfrente han dicho que nuestros soldados sólo comen lentejas, inmediatamente surgirá la improvisación y en coro lanzarán en la noche quieta:

Hemos visto a los facciosos  
trula, trula, larula, la  
comerse hasta los piojos  
¡Ay Manuela!  
¡Ay Manuela!

Claro que los de aquí y los de allá saben que en realidad son los piojos los que se comen a ambos. Pero eso no importa. ¡Mientras el piojo no proteste!...

Canciones de trinchera. Hay algunas que

son un poquitín sectarias. Son resabios de los primeros días. Pero poco a poco van desapareciendo.

Lo más corriente es que las coplas ridiculicen personajes del otro lado dejándolos, no en porrita, sino en calzoncillos, que es más cómico. El cañón hace daño; y el mortero; y la ametralladora. Todo hace daño en el frente. El soldado lo sabe, lo teme... y se burla.

«Quítate los calzoncillos  
antes que tire el cañón  
¡ay qué gusto!  
pues no tenemos jabón.»

Cantares de guerra son el chispazo que ilumina silencios negros de tedio o de melancolía. La trinchera, con ráfagas de viento o metal; la chabola, estrecha, íntima, con troncos pegajosos de resina; aire cargado de humo y olor a bosque; el camión repleto de humanidad joven, cara a la trinchera, o a la retaguardia, aplastada de sol o de aire frío, entre sacudidas violentas y remolinos de polvo.

Los cantares de guerra son así, inocentes, ingenuos. Tal vez para el espectador no situado en el ambiente resulten fofos. Pero muchos de ellos llevan jirones de carne.

...En un frente. En uno de estos frentes de Levante, había un fusil ametrallador enemigo que no hacía más que en horas sosas ir arañando carne nuestra. Uno de nuestros soldados, en la noche embrujada y quieta-noche de frote de sexos y fru-fru de sábanas blancas en la retaguardia— sacó este cantar tonto, entre piojos y sacos de arena:

«Hay un fusil que tira  
¡a mí me la bufa!  
de noche y día  
¡a mí me la bufa!

El soldado cayó. Fué ese mismo fusil quien le segó una mañana boba, anónima, todas sus energías y sueños de vida. Antes de borrarse, aún murmuró:

«Hay un fusil que tira...  
¡a mí me la bufa!...

No pudo decir más.

Pero sus compañeros siguen cantando la copla. Muchos caen. No importa. Siguen cantando. Pegados a la roca aguantan el torrente de metralla en espera del día de la revancha... ¡Ese día!...

Julio 1938



# **El pacifismo de Wells**

**por CYRANO**

Como escritor, el gran novelista inglés ha tratado con alguna frecuencia el tema de la guerra. Naturalmente, no fantaseado. Pero sus descripciones de las escenas de horror a que da lugar el gran crimen colectivo, son de verismo extraordinario. Y destaca en ellas la intención del autor de inspirar repugnancia hacia la barbarie que acompaña a las aventuras bélicas, como acompaña el calor al movimiento y la luz al día.

No es extraño que el escritor de nuestro tiempo se ocupe de la guerra y de sus consecuencias inmediatas y remotas. El tema ofrece en sí un destacado interés. Además, tiene ambiente. Y aunque no sea nada más que para registrar el fenómeno, todo escritor de algún relieve ha de tratarle. Por otra parte, en los años que sucedieron a los angustiosos de la guerra mundial, que Wells califica certeramente de gran majadería, estuvo de moda el tema. Había curiosidad por conocer hasta en sus más ínfimos pormenores la vida de la campaña. Y se produjeron en asombrosa profusión relatos interesantes en los cuales se servían perspectivas de aquel infierno dantesco tomadas desde diversos ángulos. Relatos objetivos que apenas si se atrevía a colorear suavemente la fantasía con sus mágicos pinceles. Es verdad que nada podía superar el patetismo y la amargura infinita de las horas sufridas. La imaginación tenía muy poco que hacer en un plano en que el horror no parecía superable. Bastaba narrar, sin elegir los términos, la participación tomada por el narrador en el desarrollo de la tremenda pesadilla, en la seguridad de que la obra resultaría original e interesante.

Sólo que, la mayoría de esos relatos, flores trágicas que abrían sus corolas de sangre sobre el barro de las trincheras, no se pueden catalogar entre las obras auténticamente pacifistas. Son descripciones de escenas de horror bien logradas casi siempre. Y también análisis y expresión de un estado de ánimo colectivo singularmente morboso. A veces, una queja angustiosa. Queja sin rebeldía que no se eleva a la categoría de la protesta gallarda, encendida y viril. Se habla del gran crimen como habla el anciano de las duras pruebas porque hubo de pasar en sus años de mozo, rememorando con cierto regusto emocionado lo pasado, al amor de la lumbre y ante un auditorio juvenil interesado en el relato por lo que tiene de cosa vivida. Muy contadas veces vibra en tales narraciones la nota pacifista. Analizadas fríamente se encuentra en ellas, apenas disimulada por la angustia de las largas horas vividas pegado a la tierra oyendo el tableteo de las ametralladoras y el zumbido de los obuses que siembran el espanto y la muerte, cierta admiración por lo que se ha dado en llamar lo heroico para disfrazar lo bárbaro. El odio contra la guerra nace del miedo en esos diarios de soldados que con tanta profusión se dieron a la estampa en la postguerra. Y si puede contribuirse con ellos al afianzamiento de la paz es en la misma medida que la descripción de lo malo puede inspirar la estimación de lo bueno. De todos modos, no se escriben con el propósito de crear una corriente pacifista ni para que los hombres se aprovechen de la experiencia ajena y procuren ser más cautos y más sensatos en lo sucesivo.

En los escritos de Wells no ocurre lo mismo. Siempre que en sus obras se trata el tema, aunque no sea

nada más que rozándolo, se ve al enemigo de la guerra, se percibe el acento del sincero pacifista. Por lo pronto, despoja de toda belleza y de toda poesía al gran azote de la humanidad. Y hace resaltar su completa inutilidad. El literato y el pensador se dan la mano para servir a la humanidad de su tiempo induciéndola a vivir de un modo más limpio y más digno. Barbarie sólo puede engendrar barbarie. La brutalidad no puede ser nunca bella. La guerra que es un viento de locura, que destruye y aniquila de una manera feroz, no puede ser cantada por un hombre civilizado que posea la sensibilidad más mínima. Y Wells la combate desde todos los planos, encontrando de ordinario la frase justa que expresa sus sentimientos y su enemiga.

Varias de sus obras se ocupan enteramente de la descripción objetiva de esa barbarie que se atavía con el brillante ropaje de la civilización y se disfraza con pretensiones de nobleza. En ellas, la guerra moderna aparece como lo que es y como lo que puede ser. Y no hay que desarrollar un gran esfuerzo mental para comprender que el autor no se propone escribir un relato más, sino intensificar el odio hacia esa calamidad para hacerla imposible. Y no se puede dudar que lo consigue con frecuencia.

Recordamos especialmente «La guerra en el aire», que es una anticipación escalofriante del aniquilamiento definitivo de la civilización por el progreso de la técnica de los armamentos puesta al servicio de la estulticia humana. En otra obra suya en la que se estudia la aplicación de la energía atómica a la guerra, se presenta con un horror multiplicado, pero ya apunta en cierto modo su credo pacifista, ya se ve en ella al hombre preocupado en la organización de la paz.

Como labor suya contra la guerra, nos hizo una profunda impresión un argumento de película que compuso para una firma norteamericana con el ánimo de llevar a todos los públicos la firme convicción de que la guerra es el crimen. La película no llegó a filmarse. Se dijo que por dificultades técnicas, pero la verdad es que resultaba excesivamente subversiva. En ella hubiérase visto al desnudo todo el horror y toda la inutilidad de la barbarie guerrera al mismo tiempo que las ventajas que para el progreso general de los pueblos ofrece la paz. Conocedor de los elementos destructores de que dispone el hombre y sabiendo manejar los infinitos recursos del arte para servir a un propósito levantado y generoso, Wells hubiera contribuido con aquella película no realizada a crear una corriente de opinión arrolladora contra toda aventura bélica. Acaso no hubiese hecho imposible la próxima guerra, esa guerra espantosa que se viene preparando desde hace veinte años y que hoy se está ultimando en todas las cancillerías del mundo, pero con toda seguridad hubiere ampliado el número de los que sinceramente están por la paz y buscan la manera de que sea posible. Fue una verdadera lástima que tan hermoso proyecto se frustrara.

Todavía no se ve en Wells sino la intención pacifista. La exposición sistemática de su credo de hombre de ingenio y de sensibilidad, amante de la paz, ha de venir después. Y si no nos es infiel la memoria, expone por primera vez de un modo extenso y con la concreción de-



bida ese credo, en las páginas de su libro titulado en la traducción española «La conspiración franca».

En esa obra el gran escritor inglés desarrolla todo un programa de acción para establecer y consolidar la paz sobre una base firme y duradera. Desde luego se pronuncia por la constitución de los Estados Unidos de Europa. Las fronteras deben borrarse y todos los pueblos de la vieja Europa formar parte de una especie de Monarquía continental por el estilo de la que soñara Napoleón.

Es un internacionalismo el de Wells, moderado y viable. Aboga por el respeto a cuanto significan características propias de los diversos pueblos y grupos étnicos que pueblan nuestro continente. Cada grupo se rige según sus costumbres, tiene leyes propias y la organización que a sí mismo se da. Sus creencias religiosas como sus sistemas políticos, son de su exclusiva incumbencia. Solo depende del poder central en lo que afecta a los grandes intereses del continente. Es un federalismo aceptable que puede proscribir de nuestras relaciones, de las relaciones de pueblo a pueblo, el cruel procedimiento de la guerra. Wells lo razona con mucho detenimiento y claridad y trata de ganar adeptos para su programa, que bien aplicado, acabaría con el antagonismo de intereses que hoy nos divide en grupos enemigos.

No recula Wells ante ninguna reforma por atrevida que sea. Eso se ve en toda su obra. Comprende que la humanidad avanza hacia formas de convivencia cada día más elevadas y sabe que el contrato social ha de modificarse aún infinito número de veces, que nada es definitivo en ese orden. Lo difícil en la aplicación de su programa es conciliar el fascismo de Mussolini o el nazismo de Hitler con el comunismo ruso. Para que convivan sin reñir tantos pueblos es necesario borrar las diferencias que en lo político, en lo económico y en lo religioso nos separan y distinguen. Wells concede importancia a esto, pero no lo considera obstáculo de mayor monta, pues en su proyecto la dictadura del pueblo más adelantado ejercida contra los otros de un modo inteligente se da por descontada.

Sin discutir el credo de Wells, se nota en él una diferencia sensible con el de Romain Rolland. Es que el pacifismo de Wells tiene marca inglesa y el de Romain Rolland es universalista por excelencia. Para el escritor inglés el pueblo que debe erigirse en cerebro de Europa es Inglaterra. Es decir, que los Estados Unidos de Europa, primer paso firme en el establecimiento de una paz duradera y fecunda, deben organizarse bajo la jefatura del Reino Unido. No lo dice así taxativamente el eminente novelista, pero lo deja entrever a través de toda su obra.

De otra parte, Rolland sueña en una paz universal establecida sobre la sólida base de la educación de los sentimientos y Wells concibe la paz de Europa como un problema de organización política. Si todos los pueblos que hoy matizan de colores diversos el mapa de Europa se funden en una sola nación, es natural que la guerra imperialista no quede dentro del área continental. Cualquier manifestación bélica ha de considerarse jurídicamente como guerra civil y como tal reprimida. En cam-

bio, nada se opone a la guerra de continente a continente. Romain Rolland, con su criterio universalista, al proclamar la unidad humana, da prevalencia al frater-nitarismo y pisa terreno más firme, aunque la consecución de esa finalidad sea más lejana.

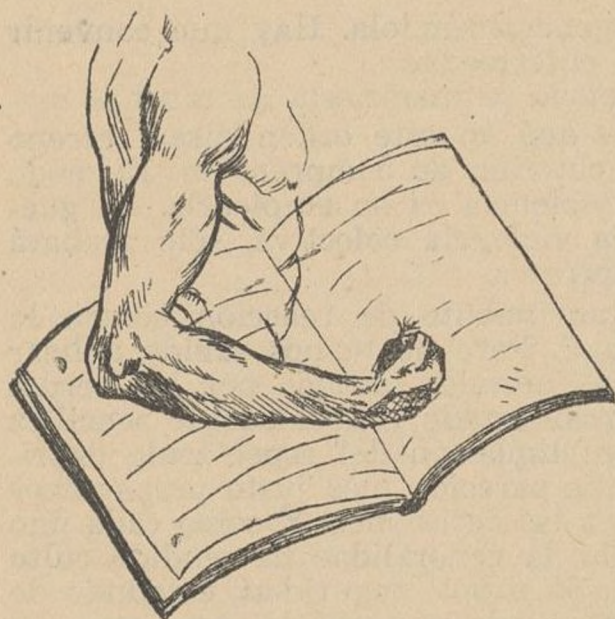
De todos modos el pacifismo de Wells no es en modo alguno desdenable. Su idea es aceptable. Si se reconoce a cada pueblo la máxima autonomía y sobre la base de un federalismo inteligente se llega a la federación de todas las nacionalidades europeas, nada impide que el sistema se extienda a todos los continentes de la tierra y que de ese modo se acabe con el tremendo error que simboliza la guerra, cada día menos necesaria y más desastrosa. Acaso no sea necesario establecer esa especie de dictadura a que nos referíamos antes. Hasta para hacer el bien es una equivocación recurrir a procedimientos coactivos. Libertad. Libertad bien organizada y sujeta a la disciplina necesaria para que las relaciones entre los hombres y los pueblos puedan ser cordiales. Así, el sistema de Wells, sería enteramente aceptable hasta por los más exigentes.

Quizá Wells, al desarrollar su programa, ha tenido más en cuenta las posibilidades de realización inmediata que cualquier otro problema que de él pueda derivarse. Lo cierto es que respeta en cuanto no hiere a los intereses generales todo lo existente. Religión. Sistemas políticos. Organización económica. Europa organizada bajo las bases establecidas en «la conspiración franca» no diferiría mucho de la Europa actual, si se descarta, claro está, que habría pasado a ser una gran nación por la agregación de los diversos pueblos que la integran. Cada ensayo, cada innovación, cada medida de carácter general, sería aplicada en todo el continente. Desaparecidas las barreras aduaneras, la libre circulación de lo producido sería facilísima y la misma organización económica sufriría notables cambios, pues el nacionalismo económico actual no tendría razón de ser y en cada país se produciría lo que sus condiciones geográficas determinara. La misma lucha por las materias primas que hoy es causa de conflictos bélicos, dejaría de existir puesto que cada cual dispondría de las que su industria necesitara.

Es inteligente el plan de Wells. Y realizable. Pero antes es preciso operar una revolución profunda que dé homogeneidad a las corrientes ideológicas y a los sistemas políticos hoy en vigor. No se puede compaginar en un todo orgánico el imperialismo democrático de la Gran Bretaña con el republicanismo pequeño-burgués de Francia y con el sistema social ensayado en Rusia y mucho menos con el totalitarismo simbolizado por la cruz gamada y el haz lictorio. Para llegar a los Estados Unidos de Europa y desterrar de su ámbito el espectro de la guerra, es necesario que nos separen diferencias de menor volumen.

De cualquier modo, el pacifismo de Wells es una aportación a una obra que preocupa actualmente a todos los hombres de sensibilidad y de talento del mundo entero. Tiene lunares. Pero no hay obra humana que no los ofrezca, que nada nace perfecto de nuestra mente al primer intento. Bien meditado lo que Wells expone, sería un paso hacia la paz. Un paso importante y acaso el más hacedero en nuestros días.





## **Sugerencias**

# **la no violencia**

**por H. Noja Ruiz**

Aunque la violencia tenga fundamentos biológicos, siempre se han destacado individuos que han manifestado hacia ella una profunda aversión. Acaso esa aversión haya ido dirigida más que contra la violencia misma, contra la brutalidad. Pocas veces se empeña el hombre sensato en luchar contra lo instintivo. Procura limar rudeza a sus impulsiones. Se esfuerza en frenar sus impulsos animales. Con frecuencia logra convertir en sentimiento, que es luz, la fiereza del instinto. Así ha ocurrido, por ejemplo, con el imperativo genésico. Al zarpazo violento de la primitiva bestia en celo ha sucedido la delicadeza del fenómeno psicofísico del amor. Aun se brutaliza a la mujer. Pero, en general, la galantería toma carta de naturaleza en las costumbres y el acoso y la brutalidad primitivos se han convertido en idilio. La rudeza del instinto puro, ha sido suavizada por el sentimiento. El zarpazo se ha transformada en caricia.

En la no-violencia se observa un fenómeno semejante. Con toda seguridad no pretende el no-violento combatir contra lo que la violencia tiene de hondamente vital. Más bien se pretende despojarla de todo lo brutal y repulsivo. El no-violento lucha contra la agresividad preferentemente. Y la opone la resistencia moral de una voluntad dispuesta a no ser en ningún caso agresiva. Lo que se advierte de negativo en el elevado credo de la no-violencia, se debe a exageraciones del sentimiento que derivan del misticismo de sus creadores y propagadores.

Así y todo, la no-violencia es de una elevación extraordinaria. En ella encontramos los más delicados matices del sentimiento. Y, desde luego, supera en mucho a cuanto se puede argumentar en abono de la violencia. Entre ambas teorías existe la misma diferencia que entre la espina y la flor. Podrá considerarse inadecuado recomendar al que se ve cercado por los lobos que resista sin herir todas las acometidas. Pero no cabe duda que, puestos a elegir, el tipo más admirable es el que acepta el papel de víctima por no mancharse siendo verdugo.

## **Reacción contra la violencia**

Indudablemente, la reacción contra la violencia se manifiesta cada día con mayor imperio. Sólo que la mayoría considera aun necesario oponer la fuerza a la fuerza. Pagar en la misma moneda se conceptúa enteramente legítimo. Si soy víctima de una agresión debo replicar agrediendo. Si se me atropella estoy en mi derecho atropellando. Con semejante criterio es lógico que la violencia invada todos los sectores y que los hombres nos parezcamos a locos frenéticos que sólo pensasen en recibir y devolver los golpes. Nos repugna la violencia, mas no hallamos



medio mejor de evitarla que generalizándola. Hay que convenir que el remedio es peor que la enfermedad.

La reacción contra la violencia se manifiesta de muchas maneras. Sin embargo, los únicos que en este orden pisan terreno firme son los no-violentos. Es cuestión de comprensión. El modo más certero de acabar con la violencia es no emplearla. La guerra, manifestación brutal de la violencia colectiva, sólo acabará cuando nos neguemos a ser guerreros.

Siempre ha existido un movimiento de reacción contra lo violento. A nadie place lo brutal. Pero no hemos sabido aplicar a la vida corriente las máximas morales ideadas por los verdaderos tipos de élite que han manifestado con elocuente sencillez el dolor que les causara la contemplación del espectáculo deprimente que ofrece la vida. Nos ha parecido más justo prepararnos para responder adecuadamente a las agresiones. Y como cada uno por su parte ha hecho lo propio, la generalidad ha rendido culto a la fuerza y a ella ha confiado la propia seguridad, cuidando de aparecer de ordinario como provocado o agredido para que sus brutalidades se interpretaran como actos de legítima defensa.

El no-violento no necesita recurrir a tales sofismas. Condena la violencia y empieza por prepararse para no emplearla en ningún caso. Comprensión es su ley. Suele hablar directamente al sentimiento, pero empleando el lenguaje luminoso de la razón. Hasta cuando incurre en el vicio de la exageración, la pureza de intenciones le salva. Ama. Y hace del amor una fuerza. Quienes atribuyen a cobardía la paciencia con que soportan a pie firme ultrajes y agresiones, no tienen un concepto claro del valor. Hay que ser más valiente para sufrir un bofetón que para darlo. Para lo primero se precisa haber educado bien los instintos animales sin matarlos, tener un gran dominio sobre sí propio, poseer una fe robusta en la bondad de los principios que uno acepta libremente. Para lo segundo basta la brutalidad.

De ahí que el verdadero enemigo de la violencia lo sea el no-violento.

## **Apóstoles de la no intervención**

Sin contar a Francisco de Asís, con cuyas doctrinas tienen muchos puntos de contacto las de Ghandi, el ideal de la no-violencia fué propagado en Europa con varia fortuna por León Tolstoy. El gran escritor ruso predicó de modo elocuente la no resistencia o la resistencia pasiva al mal, fundamentándose en las más puras esencias del primitivo cristianismo. La diferencias del apóstol de la India es algo más que una cuestión de matices.

Tolstoy no aprueba la violencia contra nadie y recomienda la resistencia pasiva, en tanto que Ghandi predica y practica la combatividad sin violencias. Para el grande hombre ruso, todo se reduce a no obrar en desacuerdo con las máximas morales consignadas en los Evangelios, a no cooperar con los violentos. Ghandi va más lejos. No coopera. Pero su no cooperación no significa renunciación a la lucha activa contra la opresión y la injusticia. Ciertamente que también Tolstoy luchó contra esas fuentes de descontento. Toda su obra es la condenación inapelable de las miserias del hombre y de las imperfecciones sociales. Hay, sin embargo, una diferencia notable entre el concepto que la lucha merece a los dos apóstoles, y esa diferencia se aprecia en la forma de producirse los partidarios de uno y otro.

Los individuos educados en las doctrinas tolstoyanas son capaces de ofrecer la mejilla derecha cuando le golpean la izquierda, pero no buscarán deliberadamente la ocasión de ser golpeados. Es decir, su no-violencia es pasiva. Dió resultados admirables cuando el célebre proceso de los que se negaron a empuñar el fusil porque ello contravenía lo ordenado en el quinto manda-



miento del Decálogo. Se demostró cómo la persuasión puede crear una fe tan firme que no vacile ante la muerte. Mas ese heroísmo, si bien resulta magnífico, encerrado en el área de lo individual, es casi estéril. Los ghandistas en cambio, se manifiestan en las calles; desafían a pecho descubierto, con valor sereno y sin jactancias, la metralla: se tienden sobre los rieles de la vía férrea para impedir el paso de los trenes; no se intimidan por nada sin que por ello rompan la táctica de la no-violencia que Ghandi les inculcó.

Ambos apóstoles de la no-violencia han influido notablemente sobre la humanidad de su tiempo. El uno en su posesión de Yasnaia Poliana y el otro en su residencia de la India, han atraído la atención reverente de los espíritus más preclaros. Es posible que el hombre no haya alcanzado aún el grado de evolución necesario para prescindir en sus luchas de la violencia. De todos modos, estos hombres, singularmente Ghandi, han movilizao grandes masas y las han puesto en marcha frente a los que de la brutalidad hicieron un sistema, ensayando un género de actuación que prescribe en absoluto todo gesto de violencia. Los millones de nacionalistas hindúes que practicando la no-violencia luchan en la India contra la dominación británica, han demostrado que el arma por ellos empleada es tan eficaz como cualquiera otra, con la ventaja de ser incruenta, y han probado, además, que el monopolio del valor no pertenece precisamente a los violentos.

## **Exageraciones de la no violencia**

En tanto que la no-violencia se practica con la mira puesta en posibilitar la concreción en realidad del bello ensueño de la fraternidad humana, podremos sentirnos capaces o incapaces de observarla como regla de conducta, pero no nos será posible negar el elevado rango de su estirpe. La grandeza de alma que revela el que renuncia a la violencia, se impone por sí sola.

No obstante, cuando se hace de ella un dogma y se extiende su influencia protectora a las especies inferiores se incurre en exageraciones que pueden resultar perniciosas. Somos enemigos de que se atormente o maltrate a los animales. Pero comulgamos en la creencia de que toda especie que nos sea nociva o no nos sea directamente útil, debe ser eliminada. Los no-violentos no lo entienden de igual modo. Toda manifestación de vida es para ellos igualmente inviolable y sagrada. Habla en ello el sentimiento sin que la razón fría intervenga. Si hemos de respetar toda expresión vital, sea cual fuere la forma que adopte, no se logrará jamás el imperio de la no-violencia. La vida no puede deslizarse con las poéticas suavidades del idilio mientras el planeta se halle poblado de especies antagónicas. De otra parte, el mundo no tardaría en resultar demasiado pequeño.

Está bien, a nuestro juicio, que no nos complazcamos en el sufrimiento ni de la más humilde bestezuela. Mas de eso a permitir o respetar la proliferación de todas las especies, que concluirían por hacernos imposible la existencia, media un abismo.

La no-violencia la hallamos muy puesta en razón en cuanto se aplica a restar todo asomo de rudeza a las relaciones entre los hombres. Pero la lucha contra las especies inferiores hasta su completa extinción, no podrá ni deberá ser evitada. Al menos, aquellas especies que nos ofrecen la menor utilidad. Francisco de Asís, como Ghandi, como cuantos extienden su benevolente respeto hacia todo lo que vive, revelan una gran elevación de sentimientos; mas en este sentido son propagadores de la parte negativa de un credo cuya nobleza no necesita ponderación. La no-violencia no puede existir si se respeta a los enemigos y competidores del hombre.

Ciertamente esas exageraciones de la no-violencia obedecen



a lo que el credo tiene en sí de religioso. Y, sin disputa, dejarán de ser tenidas en cuenta cuando la comprensión enraíce en las conciencias en la medida necesaria para evitar que nadie ejerza violencia contra el prójimo. Y entonces, precisamente, se practicará la no-violencia y reinarán entre los hombres verdaderos sentimientos fraternitarios.

## **La no violencia, arma revolucio- naria**

La no-violencia, practicada como en la India, en gran escala, es un arma revolucionaria de primera fuerza. Sobre todo, si se la completa con la no cooperación.

Imagínese un pueblo educado en los sanos principios de la no-violencia que se niega a cooperar con los violentos. Consecuentemente se abstiene de empuñar armas y de fabricarlas. No tributa ni obedece al mandato expreso de las leyes vigentes. Las represalias le dejan indiferente. Ningún poder humano puede obligarle a realizar lo que no le place. Cuantos medios se ideen y apliquen para doblegar su voluntad son ineficaces. Está resuelto a todo menos a cooperar con sus opresores y a dejarse extrañar por los impulsos de violencia. Semejante actitud es más peligrosa para la existencia del poder que la provoca, que las acometidas de un ejército equipado a la moderna y familiarizado con la guerra.

En Occidente, no comprendemos bien esta táctica familiar a los pueblos indostánicos. Nos seduce más la aplicación de la bárbara ley de Talión. Sin embargo, la violencia sólo puede ser derrocada por la no-violencia. Es erróneo oponer la fuerza a la fuerza. Para acabar con la brutalidad, no es el mejor método que nos convirtamos todos en brutos.

La no-violencia es un arma revolucionaria contra la que nada puede la violencia sistemática. La desobediencia civil, la no cooperación, la negativa a colaborar en todo lo que pueda contribuir a la permanencia y robustecimiento del dominio de los violentos, equivalen a practicar el vacío en torno a éstos. La muerte por asfixia sobreviene en plazo breve. De ello es testigo de mayor excepción Inglaterra, que ha vivido la experiencia del movimiento nacionalista hindú. No se puede reducir a un enemigo que lo soporta todo sin inmutarse, pero que no obedece, ni coopera, ni ofrece ocasión de ser masacrado con apariencias de legalidad.

Arma revolucionaria de primera fuerza. No es renuncia a la lucha, sino ensayo original de un nuevo género de combate. Y no se puede negar su elevada jerarquía. Lo difícil es educar a los hombres para comprenderla y practicarla.

## **Futuro de la no violencia**

Todo indica que llegará forzosamente un día feliz en que la humanidad se convertirá en una verdadera familia. Entonces, la no-violencia lo llenará todo con su benéfico influjo. No será preciso que el hombre violento al hombre. La verdadera fraternidad imperará sobre la tierra. Un gesto de violencia será tan inadecuado que desentonará como una nota falsa en una sinfonía perfecta.

Cierto que la no-violencia imperará en cuanto hace referencia a las relaciones entre los hombres. No se extenderá a todos los seres vivientes porque la lucha por la vida reconoce leyes que no se pueden burlar. Así y todo, cada día serán menos rudas las condiciones del vivir y la humanidad de entonces no comprenderá en virtud de qué fenómeno hemos podido hacer de la



barbarie un sistema, cómo hemos podido glorificar, estando en nuestro sano juicio, a los más bárbaros y cómo hemos encontrado belleza en lo que sólo repugnancia puede inspirar al hombre equilibrado.

En la actualidad no comprendemos cómo pueden existir seres humanos que soporten con mansedumbre, obedeciendo a una convicción íntima, todos los ultrajes porque prefieren ser víctimas a ser victimarios. En el futuro, no se comprenderá nuestra ceguera espiritual, nuestra predisposición a dejarnos arrastrar por arrebatos de ira a los peores extremos. Y es que la no-violencia tiene un valor de permanencia, un valor eterno, que se afirmará más cuanto más nos elevemos en la escala de la evolución, cuanto más nos alejemos de la bestia para aproximarnos al concepto ideal del superhombre.

## Hechos sociales

# Los agitadores

FRANCISCO N. BABEUF

Cuando el ejército de la Revolución Francesa reconquistó las fronteras naturales de la nación y llegó a la pacificación de la Vendée, inician los reaccionarios inusitada actividad alimentando la fiebre del malestar moral y político. Y acucian la desconfianza hacia los revolucionarios, ahogando toda voz que pretenda guiar a los hombres a la acción. Y se hunde en el pasado el vigor de la Constitución de 1793 envuelta con la imprecisa organización jacobina y los últimos destellos del Terror. Y se pervierte la Revolución en manos de los realistas disfrazados de republicanos, los que son perseguidos y considerados como un peligro, mientras se exalta al Directorio como una reacción antidemocrática.

Aguzada esta situación, el espíritu luchador de Babeuf no puede soportarla. El, que ha sufrido y ha visto sufrir desde su triste niñez y su juventud azotada por la miseria, se resiste a que se pierda indiferentemente el producto revolucionario que habíase conseguido por la gesta y esfuerzo del pueblo, del que había salido, y al que se había entregado. Ni podía callar ni reprimir sus libres sentimientos. Y organiza la conspiración de «Los Iguales», impregnada de socialismo. Las concepciones de esta asociación ponían firmeza social en las vagas formas proletarias que acogía el panorama político de la Revolución.

Mas la traición hizo fracasar la insurrección babuista y le llevó a la guillotina en Vendome el 8 de mayo de 1797, no sin haber intentado el suicidio ante la afrenta que el cadalso representaba para su vida y su conducta.

El sistema político de Babeuf, posee un socialismo utópico, cuyas bases teóricas poseen tendencias anarquistas. Sirve de transición entre Juan Ball y Bakunin.

En la pasión inagotable que expande y enciende el momento revolucionario francés, Babeuf es llama hecha hombre, cuyas crepitaciones igualitarias llevan los febriles acentos de la concepción comunista de igualdad absoluta y su aspiración hacia la felicidad. Esa felicidad que ansiosamente buscaba desde la infancia, que le atormentaba y que no logró.

La «Tribuna del Pueblo», el periódico que blandía como luminosa antorcha de su fe, lanzaba violentos ataques a las antinaturales instituciones que hay que extirpar, pues son las que producen el mal, ya que la naturaleza del hombre es buena y siente ansias de superación. Los males no son el resultado de la naturaleza del hombre, sino de la deficiente organización de las fuerzas sociales. Y señala como una de las instituciones que más pervierten al hombre la de la propiedad privada que implica una gran desigualdad y desorden permanente. «La Naturaleza ha dado a todos y cada uno igual derecho al disfrute de todos los bienes».

De esta afirmación desprende, que el eludir el trabajo es un delito social, pues esa igualdad de disfrute lleva implícita la participación en la producción. Fórmula de un derecho que reclama el aportar las habilidades y esfuerzos a la comunidad para atender el individuo sus necesidades.

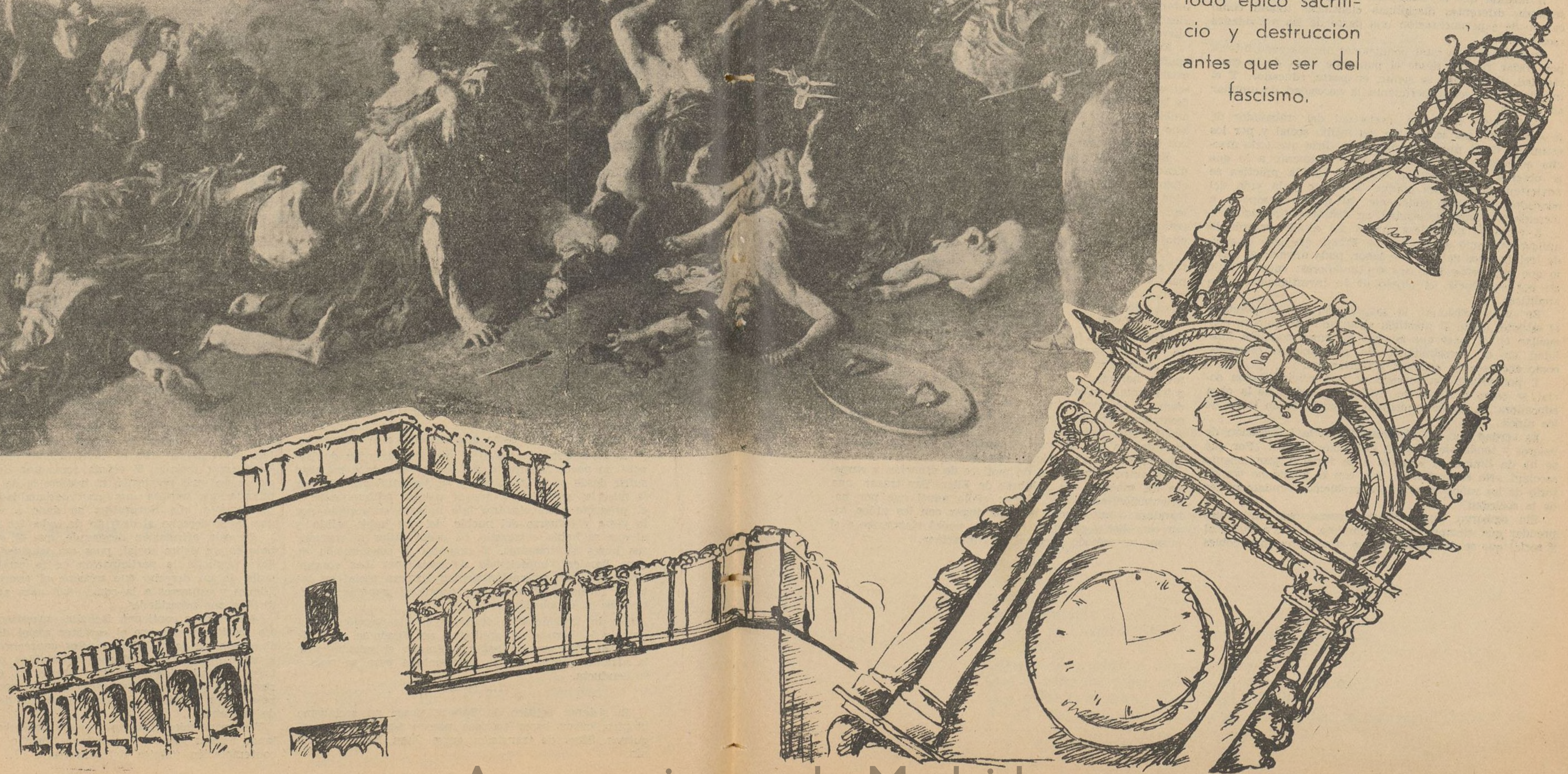
Sus escritos contienen fecundas sugerencias, edificantes meditaciones sobre el carácter social del hombre y el natural de la sociedad. Sueños imprecisos, silenciosos y vagos paisajes de contornos indefinidos, pero que incluyen cristalizaciones de ideas libertarias. Grandes asociaciones. Vastas colectividades. Elección por el voto popular para dirigirlas. Producción abundante. Aplicación de la ciencia...

Y el pensamiento activo y osado de Babeuf va señalando nuevas ideas que germinan libres o tristes en su contemplación utópica del universo.





La brillante epopeya de Sagunto vive latente en el pueblo levantino, como un destello remoto de la independencia íbera. Valencia se mira hoy en las legendarias ruinas Saguntinas, levanta su espíritu y está dispuesta a emular la gesta gloriosa y trágica de Sagunto, llegando a todo épico sacrificio y destrucción antes que ser del fascismo.



Ayuntamiento de Madrid





# Inquietudes del maestro contemporáneo

por C. Cano

A medida que se ensancha el significado de la enseñanza, diferentes disciplinas científicas toman como campo de experimentación una parte de las actividades escolares.

Se despierta, en estas condiciones, un marcado interés por trazar rumbos desde el punto de vista de la especialidad. Cada cual, se siente, en parte, educador. Y el maestro, a su vez, experimenta la necesidad de ampliar su cultura.

Enriquecido el acervo intelectual del trabajador de la enseñanza, por la presión del medio social y por los estímulos de la propia iniciativa, se diría que todo marcha en adecuado cauce; pero contrariamente a lo que se observa en el dominio doctrinal, en la práctica se advierten desviaciones porque la mente y la vida del educador, han sido solicitadas, al mismo tiempo y a menudo con igual intensidad, en distintas direcciones.

A veces, la naturaleza misma del estudio retarda la aplicación, como en el caso de Freud, que sólo después de treinta años de paciente labor, pudo afirmar en 1925, lo que han refrendado sus continuadores: «que el niño es, por excelencia, el objeto de la investigación psicoanalítica».

En otras ocasiones, la satisfacción que proporciona el estudio, unido al prestigio alcanzado por quienes desuellan en él, hace que muchos lo tomen con una finalidad en sí, prescindiendo de realizaciones efectivas, como acontece en eruditos y teorizantes.

Y por último, en servicio de una reivindicación social, se corre el riesgo de olvidar la esencia de la obra educadora: la acción inmediata y constante en torno de los niños.

Es verdad que, en el momento de la integración de valores y tendencias, surgen estas inquietudes: ¿Por qué se ha de limitar el empeño a la función propiamente escolar? ¿No es preferible, aun con el abandono transitorio de los niños, resolver los problemas fundamentales de la sociedad?

Sin embargo, una reflexión serena nos hará comprender que siempre será incompleta la obra material y social que se desarrolle; y que si nuestros más nobles

afanes operan en la dirección que debe imprimirse a la infancia y a la juventud, el mejoramiento que hemos ideado, encontrará sus más genuinos ejecutores en los nuevos reemplazos humanos.

En cuanto se plantea el problema en estos términos, aparece con claridad que, si en el acto docente, debe existir una plena conciencia de las relaciones de la enseñanza con el estímulo que merece el poder productivo de la sociedad, ha de ser a condición de que no se arroje ambiciosamente a una empresa que no podrá realizar, sino con adecuada preparación de aptitudes de quienes nos han de suceder en nuestro plano de lucha.

Entonces sí podremos agitar el señuelo de las reivindicaciones, porque antes habremos asegurado «el principio dirigente de toda pedagogía revolucionaria» que pide, con Adler al frente, como lo afirma Grunwald, «que la niñez no sea considerada como una época de transición, sino como una edad con contenido y derechos propios».

Cualquier estímulo de carácter científico, cualquiera empresa de carácter material, tienen que ceder el paso a la necesidad de proveer el desarrollo biológico del niño y de preparar en las nuevas generaciones una actitud que se convierta en la acción individual y colectiva, en favor de un régimen social más justo.

Actuando en función de porvenir, mientras más fuerte y definida sea la actitud que contribuyamos a formar en las generaciones que a nuestro cuidado se levantan, mejor habremos cumplido la función docente. Nuestro valor, como trabajadores, depende de la aportación que demos a la resolución de este problema. ¿En qué forma contribuye al enriquecimiento de la vida y a la organización más justa de la sociedad? He aquí el punto de partida, no sólo de una demanda de carácter clasista, sino de toda una posición histórica.

Y entre la infinidad de motivos de atención y empeño del maestro, las palabras de Ellen Yey trazan una orientación certera y básica: «Sólo aquél que por naturaleza o autoeducación, sepa jugar con los niños, vivir con ellos y aprender con ellos, podrá elaborarse a sí mismo un método personal de educación».





# Que sueñe con estrellas y se llame Tractor

por Luzbel

¡Escucha, campesino!  
 Cuando tu mujer tenga un hijo, no vaciles: llámale Tractor.  
 Nuestro siglo comenzará cuando miles de ellos violen tus tierras.  
 Y una estrella muy grande florezca en las espigas.  
 Por el punto de mira de tus armas mecánicas se está asomando ahora.  
 Abrázala muy fuerte.  
 No vaciles.  
 Cuando tu mujer haya parido al hijo, llámale Tractor.  
 El hambre de tierra te partió los pulmones.  
 De noche, sueñas con el fruto nacido en el "koljós" (1).  
 Y buscas el futuro luchando en la trinchera.  
 Y sueñas.  
 Y gritas.  
 Y protestas.  
 Y escribes en tus cartas: LA TIERRA AL CAMPESINO.  
 ¡Escucha, campesino!  
 Al hijo que ha nacido entre gritos de espoletas.  
 Que ha marchado sobre un burro, cogiéndose a dos tetas.  
 Al hijo amamantado por los agrios calostros del éxodo, llámale TRACTOR.  
 Y no te engañes.  
 Mira allá.  
 Una estrella.  
 Cógela.  
 ¿Vacilas?  
 Ponte en pie.  
 Y mira.  
 ¿La ves?  
 Entonces extiende tus brazos sarmentosos bordados por los nervios.  
 No vaciles, hermano, camarada...  
 Venciendo el doblaje de tu espalda, cógela, poniéndote de pie.  
 ¿Para qué sirve el arado romano?  
 ¿Para labrar?  
 Que le pregunten a los médicos rurales.  
 Y miren en el registro de los cementerios pueblerinos.  
 ¿Para enfermar!  
 Arados romanos, no.  
 Como el fascismo conducen a la tisis.  
 ¡Tractores!  
 Tu hijo, el hijo de octubre y de julio se llamará Tractor.  
 Lo quieres tú.  
 Y la madre que quiere tener los pechos y el cerebro llenos.  
 Y yo.  
 El hijo de ¡OCTUBRE! se llamará...  
 Tractor.  
 ¡Arriba, campesino!  
 Sin gestos de cansancio que estorban en la marcha.  
 Una tierra maldita nos parió.  
 Dominémosla.  
 Firmes.  
 Serenos.  
 Osados.  
 Inquebrantables.  
 Unidad en nuestros brazos, pensamientos y sueños.  
 ¡Unidad!  
 Campesinos y obreros, hoy soldados.  
 Que la consigna cobre acentos en gritos y disparos.  
 Que nadie la traicione sin castigo inmediato.  
 Así el niño campesino, algún día, nuestro día, se llamará ¡TRACTOR!

(1) Colectividad voluntaria.



# La Internacional Anarquista Obrera (1889-1921)

por PIERRE GANIVET

## I

Se conoce mal la actividad de Kropotkin como teórico y militante sindicalista; sin embargo, fué mucha su actividad, viniendo ella a dar unidad a la obra del escritor ruso. Son muchos los artículos que tiene publicados Kropotkin sobre Sindicalismo; la víspera de su muerte, aun expone a sus admiradores extranjeros, que no comprende la organización de los trabajadores si no es tomando por base el Sindicato.

En un trabajo aparecido en «Temps Nouveaux» (25/5/1907), escribe: «Las organizaciones obreras son la verdadera fuerza capaz de realizar la Revolución Social, cuando el despertar del proletariado sea un hecho; primero por actos individuales y después por actos colectivos; como revueltas y huelgas de mas en mas duraderas. Donde las organizaciones obreras no han sido influenciadas por los señores de la conquista del poder han continuado la marcha de acuerdo con los anarquistas, tal como ha sucedido en España, país en el cual han obtenido resultados inmediatos (jornada de ocho horas en los oficios de la región catalana, y además han realizado una propaganda de la Revolución Social) que han obtenido, no de los señores líderes, sino de abajo, de las organizaciones obreras.»

«Aquellos anarquistas que siempre pensaron que el movimiento obrero organizado profesionalmente para la lucha directa contra el capital constituía la verdadera fuerza capaz de llegar a la Revolución Social y de realizarla por la transformación igualitaria de la Producción y Distribución, aquellos de nosotros que durante 35 años han pensado así, han sido fieles a la idea de La Internacional, tal como la conocieron desde 1864 (frente a Marx y Engels) y tal como siempre fué aplicada en Cataluña, en el Jura, en el Valle de Vésdres (Francia) y en algunas partes de Italia. La Internacional fué un gran movimiento sindicalista.»

Este movimiento sindicalista iba a tomar un nuevo empuje desde 1889 a la Gran Guerra (1914). El período de elaboración de la ideología obrera estaba terminado.

El período de la organización de las masas, guiadas por esta ideología, iba a iniciarse. Es el período que han llamado algunos, *tiempos heroicos del sindicalismo*.

El adjetivo «heroico» designa igual a los anónimos militantes como a los *leaders* conocidos en las organizaciones sindicales que, a pesar de todos los embates de la burguesía, con peligro, a veces de sus vidas, y arrojando difíciles situaciones económicas, supieron agrupar y animar con su espíritu y voluntad miles y millones de productores.

Hay que remarcar lo siguiente: es precisamente en aquellos momentos, cuando los Congresos internacionales son más raros, cuando la actividad ideológica casi está desaparecida, es entonces, cuando el sindicalismo adquiere su pleno apogeo. En los mitines, en la prensa y en los centros intelectuales se habla de una «nueva Escuela», como si esta «escuela» no existiera desde 1864.

Algunos intelectuales, entre ellos de talento, se hacen intérpretes y comentaristas del pensamiento obrero. La revista francesa «Le mouvement Socialiste» es el órgano oficioso internacional. Estos intelectuales (Hubert Lagardelle, Robert Michels, Edouard Beth, Eervin Szabo, Rakowski) no tienen contacto directo con la clase obrera organizada, no intervienen directamente en sus luchas, pero tienen un sentido de la realidad bastante claro para seleccionar las tendencias fundamentales del movimiento sindical y darles *un valor*. Dieron tal claridad y firmeza de interpretación a sus trabajos, que se llegó a identificar el Sindicalismo revolucionario y sus ideas a la obra y concepciones de hombres que, como Sorel, el más ilustrado de entre ellos, jamás había pisado un Sindicato, ni asistido a ninguna asamblea.

A estos intelectuales, especialmente a H. Lagardelle, se debe la expresión de anarquismo obrero, expresión sinónima del Sindicalismo revolucionario. Ella indica a la vez una tendencia, una filiación.

En Congreso de Amsterdam de 1907, reafirmaría dicha tendencia y calificaría La Internacional, después de consolidarla de Internacional Anarquista Obrera.

## CONGRESO DE PARIS (1 y 8 Septiembre de 1889)

### Táctica sindicalista en caso de guerra imperialista

En un estudio sobre el año 1889, Kropotkin escribió en un periódico parisién («Temps Nouveaux» del 11/1/1890): «Un Congreso anarquista internacional —el primero después de ocho años— se ha celebrado en París. La bandera del proletariado fué recogida de entre el fango burgués. *La Revolución Social*. Tal ha sido la preocupación del Congreso; aparte las situaciones de orden teórico sobre las bases de la moral, cuestión que apasiona a buen número de compañeros parisienses.»

En efecto, cierto número de problemas éticos, preocuparon a las delegaciones de dicho Congreso. Ya sabemos que problemas de este orden siempre se han manifestado en el movimiento obrero. Bakounin había intentado escribir una *jética*; a la realización de dicho proyecto consagró Kropotkin los últimos días de su existencia, sin conseguir llevar su obra a término.

Pero más que ello, les preocupaba la inminencia de

una guerra imperialista, cuyos preliminares ya se observaban en el ambiente.

Ya la Primera Internacional, en vísperas de la guerra de 1870, se vió precisada a abordar la actitud a tomar por el proletariado organizado, ante un conflicto internacional; llegando a la conclusión «que los pueblos pueden disminuir el número de guerras imperialistas oponiéndose a aquellos que las hacen o las declaran; que este derecho de oposición pertenece exclusivamente a las clases obreras, sometidas casi exclusivamente, al servicio militar y son ellas, por tanto, quienes pueden y deben sancionar. Para ello tienen un medio prácticamente legal y de inmediata realización, en la paralización de la producción durante un lapso de tiempo, determinación a efectuar para imposibilitar toda acción de los gobiernos despóticos».

Esta resolución no fué más que de principio, no obs-



tante ya había sido aplicada en la movilización de 1870 en Prusia, donde los obreros berlineses a la llamada del viejo Liebknecht, realizaron la huelga general para protestar de la guerra franco-alemana.

A su vez, el Congreso de 1889 incita a los obreros sindicados a paralizar el trabajo en caso de una declaración de guerra en sus respectivos países. A la movilización general el proletariado deberá contestar con la huelga general, «sobre todo, precisa un delegado, por la huelga generalizada, ya que la huelga no se decreta».

El Sindicalismo, doctrina de clase, admite el antimilitarismo consecuente. En régimen capitalista los problemas de defensa nacional, no pueden interesar a la clase obrera. Son gobernantes al servicio de la oligarquía industrial y financiera quienes declaran las guerras, sea para hallar nuevos mercados donde colocar los productos, sea para entretener la atención de las masas y desviar su cólera. «El gobierno, declara Malato, delegado francés al Congreso de Londres, temiendo la Revolución Social, recurre a la necesidad de una diversión ya indicada por el patriotismo, quien en realidad aboga por la guerra. Inmediatamente a la declaración de la guerra, se producirá una efervescencia patriótica, un plan de reivindicaciones, mitad patrióteras, mitad económi-

cas. En dichos momentos ¿para qué servirán los manifestos platónicos o las protestas individuales?».

El Sindicalismo, tiene por misión preparar la huelga general de manera para que una movilización se transforme en insurrección armada y que de la guerra, fomentada por el capitalismo, surja una guerra civil, que conduzca a una sociedad más justa y libre.

El movimiento obrero internacional iba a hacer suyas estas recomendaciones del Congreso de París, y a excepción de Alemania, fueron el guión durante los veinticinco años siguientes. El antimilitarismo fué cultivado en los Sindicatos, propagado en los mítines y en la prensa. El caso Dreifus dió una mayor eficacia a esta propaganda.

Desgraciadamente, esta propaganda no pasaba de un círculo reducido de la población trabajadora y donde ella penetraba iba acompañada demasiadas veces por exageraciones verbales. Era menos profunda cuando más encaudalosa y de *bluf* y con ello ganaba la demagogia sobre el realismo revolucionario. En 1914, cuando la amenaza de una guerra se acentuó en Europa, cuando llegó el momento de actuar el sindicalismo se encontró con la abdicación de los jefes y la incomprensión de las masas. Nadie se opuso a la guerra.

## CONGRESO DE ZURICH (10-12 de Agosto de 1893)

### Socialismo parlamentario y Sindicalismo

La inminencia de una guerra imperialista preocupa también a las sesiones del Congreso de Zurich. Domela Nieuwenhuis y Gustavo Landauer (Comisario del Pueblo en la Comuna bávara que fué asesinado en 1919 por los social-demócratas) con los sindicalistas y anarquistas, iban a continuar la realización de las decisiones del Congreso de París. En la misma ciudad y en los mismos días, estaban reunidos también en Congreso los socialistas estatales y en sus acuerdos sobre el particular, de-

clararon inoportuna toda discusión sobre el militarismo y la actividad bélica de los gobiernos burgueses.

En aquel Congreso apareció el Socialismo parlamentario con su verdadera faz: Capitalismo de Estado, Sistema de perfeccionamiento y refuerzo del capitalismo, uniendo estrechamente las masas a la suerte de las oligarquías industriales y financieras. El Socialismo parlamentario fué, una vez más, condenado por los sindicalistas, ya que la determinación y preocupación de éstos era el instaurar la Democracia Económica.

## CONGRESO DE LONDRES (28-31 de Julio de 1896)

### El Sindicalismo y los campesinos

Los partidos socialistas parlamentarios, durante mucho tiempo no prestaron atención alguna a las necesidades y deseos del campesinado. La gente de campo, no les parecía una clientela electoral segura y maleable. Abandonaron al agricultor, a los conservadores y partidos burgueses. Inspirándose en el programa de Erfurt, profetizaron la ruina del pequeño propietario, asegurando como principio, que toda protección agraria no daba resultado alguno para el progreso. Solamente se limitaron sus doctrinarios a discutir y disertar sobre la concentración capitalista en la agricultura y a preveer su proceso. Militantes, parlamentarios y responsables de organizaciones políticas, se desinteresaban en absoluto de las controversias que sobre el particular se iniciaron entre Hertz, Edouard David, Bernstein y Kautzky.

Después de la guerra, en los países donde participa del poder la Social-Democracia, ligada en su conformismo, da la impresión de sacrificar deliberadamente los intereses de los trabajadores del campo a los de los electores de la ciudad; los deseos vitales de la agricultura a las exigencias de la industria pesada y de los fabricantes de abonos.

La social democracia, con su actuación suscita, concentra, sobre ella, el descontento, primero; después, el rencor y el odio de los campesinos, facilitando con ello el desarrollo del fascismo.

Dándose cuenta, sin duda, del peligro que había levantado, viendo abrirse una fosa entre campesinos y

obreros, realiza un esfuerzo para resarcirse. En Austria, en el Congreso de Viena de noviembre 1925; en Inglaterra, en la Conferencia de Margate, octubre 1926; en Alemania, en el Congreso de Kiel de mayo 1927, busca un terreno de entente redactando un programa agrario. Demasiado tarde.

El Sindicalismo, por el contrario, siempre se ha interesado en el campesinado. En primer lugar Proudhon, sus continuadores en el seno de la Primera Internacional y de La Internacional antiautoritaria después; Bakounin, James Guillaume, Kropotkin, teóricos y militantes del Sindicalismo revolucionario, todos persistieron en estudiar, en su complejidad, el movimiento campesino y de procurar su orientación.

Jamás se resignaron a la decadencia de la clase agricultora que los socialistas parlamentarios pretendían inevitable. Es a ellos a quienes corresponde el mérito de haber comprendido el alcance económico y revolucionario de las creaciones originales del campesinado, tales como las Cooperativas y Sindicatos de producción, organismos en los cuales se elabora el estatuto jurídico y económico de la Agricultura del mañana.

Es en la resolución del Congreso de Bruselas de 1868 (comicio de la Primera Internacional) donde se encuentra, sobre agricultura, una de las declaraciones más claras del Socialismo libertario. Se constata, que la evolución económica obliga necesariamente a la transformación de la propiedad privada en propiedad social y que



es de máximo interés, incluso para los pequeños propietarios, el que se agrupen, constituyendo Asociaciones, Cooperativas para adquirir los medios de producción con mayor economía y asegurar una venta más racional de los productos del campo. El siguiente año, el Congreso de Báile, confirma que «la sociedad tiene el derecho de abolir la propiedad individual de la tierra y hacer de ella una comunidad».

Sobre este guión teórico, Bakounin y, más tarde, James Guillaume, prosiguen sus investigaciones. Se ha dicho del Socialismo de Bakounin que era un Socialismo de campo, y efectivamente toda su obra lo confirma. En cuanto a J. Guillaume, él previene en su folleto «Idées sur l'organisation sociale», que los pequeños propietarios crearían progresivamente Asociaciones, Cooperativas, aumentando el radio de acción regional y nacionalmente. (Los hechos han confirmado este punto de vista) «al contrario, dice Guillaume, donde existan grandes propiedades en extensión que permita el empleo de un número crecido de trabajadores, donde los esfuerzos, reunidos y combinados, son indispensables para la realización y buen rendimiento del suelo, la colectivización de la tierra se impone por sí misma. Se verá el terreno de una aldea, algunas veces de varias localidades reunidas no formar más que una sola explotación, donde serán aplicados los métodos del trabajo en gran escala».

En el curso de los años siguientes, Kropotkin y Elíseo Reclus prosiguieron el estudio de la cuestión agraria, partiendo del punto en que la dejaron sus antecesores. En la *Geografía Universal*, *El Hombre y la Tierra*, *A mon frere le paysan*, de Reclus; como en *Campos, Fábricas y Talleres* y *La Conquista del Pan*, de Kropotkin, encontramos reafirmado con ejemplos algunos de los cuales no han perdido actualidad una verdadera doctrina de Sindicalismo agrario. La lectura de las citadas obras, donde algunos capítulos deben ser completamente revisados, es indispensable al sociólogo y militante que quiera estar documentado sobre la cuestión.

En el Congreso antiautoritario de Londres, 1881, se había apreciado que «la gran masa de los trabajadores de los campos continuaban apartadas del movimiento socialista revolucionario, siendo absolutamente necesario dirigir nuestros esfuerzos de este lado, recordando siempre que el más simple hecho, dirigido contra las instituciones actuales es más elocuente a las masas que millares de impresos y mítines y que la propaganda por los hechos tiene más eficacia en los campos que en las ciudades». En la Conferencia Internacional Anarquista de 1889, igual idea fué reafirmada y completada por el compañero alemán Werner, diciendo: «que era necesario efectuar la propaganda no solamente entre los proletariados del campo sino también entre los pequeños propietarios».

En todo el mundo aumenta la propaganda en este sentido. Consecuencia de ello fueron fundadas bastantes asociaciones campesinas. Kropotkin publica en «Temps Nouveaux» (1889) una serie de artículos sobre agricultura y situación de los campesinos. El esfuerzo persiste durante los siguientes años y en el Congreso Internacional Anarquista de Londres 1896, se manifiestan los resultados de la labor realizada.

En un llamado Congreso Internacional de obreros so-

cialistas y sindicados, convocado en Londres por los marxistas, y como consecuencia de algunos incidentes violentos, fueron expulsados los anarquistas y sindicalistas a pesar de las protestas de una fracción importante de delegados, entre ellos parte de los trade-unionistas ingleses. La Federación de Bolsas de Trabajo de Francia, algunas Federaciones de oficio, también francesas (entre ellas la Construcción), la Socialisten Bond holandesa y las agrupaciones obreras italianas, eran anti-parlamentarias y libertarias, y por esta razón los marxistas se negaron a sostener contacto con ellas.

Después de la expulsión, los delegados que se retiraron tuvieron el día 28 de julio de 1896, y días siguientes, un Congreso Internacional al cual asistieron los más destacados representantes del movimiento sindicalista y anarquista internacional: Kropotkin, Reclus, Luisa Michel, P. Gori, Keir Harie, Domela Nieuwenhuis, G. Landauer, Tom Mann, Tcherkessof, Cornelissen B. Lázare Pouget, Pelloutier y Tortelier. Las sesiones tuvieron lugar en la Sala de Saint-Martins, Tow-Hall, local donde 31 años antes se había fundado la Asociación Internacional de Trabajadores.

Se examinaron las modalidades de acción anarquista en los Sindicatos y se reconoció que la única acción revolucionaria es la organizada metódicamente y con vistas a mejorar las condiciones económicas y sociales del proletariado. Pero fueron unánimes en reconocer que para hallar la debida eficacia en la acción era indispensable la coordinación entre los trabajadores de los centros urbanos y los campesinos. Especialmente Pouget, demostró que los trabajadores del campo habían sido y eran el punto que decidiría la victoria de la Revolución.

Como resultado fué adoptada la resolución siguiente, que marca la oposición categórica del movimiento libertario a las concepciones del marxismo, resolución que sirvió de programa a los sindicalistas revolucionarios internacionales, hasta la guerra y con pequeños detalles de adaptación a la actualidad ha sido y es el programa actual agrario de la A. I. T.:

Los anarquistas rechazan la ley de Marx, según la cual la concentración del capital y la desaparición de los pequeños propietarios agrícolas son condiciones necesarias para la realización del socialismo...

«Nosotros rechazamos toda intervención del Estado, no bajo el punto de que queramos hacer la Revolución sin el concurso de los pequeños propietarios campesinos, no porque estimemos imposible el ayudarles, sino porque consideramos que toda intervención del Estado perpetúa el mismo.»

Es nuestro deseo extender las ideas del Socialismo revolucionario e independiente entre los obreros al igual que entre los campesinos.»

Queremos que los pequeños propietarios de tierras impidan su proletarianización asociándose con los obreros rurales y constituyendo organizaciones de Cooperativas agrícolas, neutralizando con celo el desarrollo de la gran propiedad y, por tanto, fomentando asociaciones que sean inicios de una futura sociedad Socialista...

«Deseamos la unión de los obreros agrícolas, pequeños propietarios y colonos para que desarrollen una lucha común contra sus explotadores.» (Temps Nouveaux. 27/2 y 5/3 1897).



# Diccionario Mitológico Biográfico

Por Luis de Madariaga

Continuación del número 7 de «Libre-Studio»)

- ALCMENA.—Esposa de Anfitrón y madre de Hércules.
- ALCMEÓN.—Nieto de Néstor, e hijo de Neleo. Se dice que la mujer de Alcmeón, Cesira, se hizo famosa por su extraordinario lujo.
- ALCYONE.—Gigante que interviene en la lucha de otros gigantes y de los dioses. Representa las revoluciones de la Tierra en las edades prehistóricas.
- ALECTO.—Una de las tres Furias, que personifica el furor implacable.
- ALECTÓN.—Véase *Alecto*.
- ALFEO.—Cazador a quien Diana convirtió en el río de su nombre para librar de su persecución a la ninfa Aretusa.
- ALFO.—Genio que representaba las fuerzas de la Naturaleza entre los escandinavos.
- ALIGENA.—Sobrenombre de Venus.
- ALITAT.—Divinidad generadora de la luz.
- ALKIPE.—Hija de Hares y Aglauros, violada por Hariorotios, quien fué castigado con la muerte.
- ALOADES.—Personificación de los dos demonios espantables de la tempestad, Afialtes y otros, cuya madre era Ifimeleya y el padre Poseidón, el dios que produce los temblores de la tierra.
- ALOM QAHOLOM.—Creador supremo de los mitos de Pachacasuac.
- AL-OZZA.—Dios del país de Heyaz (Arabia), adorado en Majla.
- ALTEA.—Mujer de un rey etolio, que se entregó a Dionysos, de quien tuvo una hija llamada Deyanira.
- ALTEPOS.—Hija de Poseidón y de Leis, representación del fruto alimenticio.
- ALLAH TAALA.—Dios supremo del país de Hedjaz en la Arabia Pétreo.
- ALLAT.—Forma femenina de la divinidad suprema de la religión de los nabateos, nómadas de la Arabia Pétreo.
- ALLAT.—Diosa del Hedjaz.
- ALLRUNA.—Profetisa o sibila de los antiguos germanos, llamada también Druda.
- AMALTEA.—Cabra que crió a Júpiter; uno de sus cuernos vino a ser el cuerno de la abundancia.
- AMAN SINAGA.—Divinidad o genio de los tagalos de Filipinas.
- AMARÚ.—Serpiente sagrada de la mitología peruana.
- AMBROSIA.—Manjar de los dioses. Manjar o bebida de gusto suave o delicado. Fiesta durante el mes de Enero.
- AMBROSIAS.—Fiestas que celebraban los Jonios en honor de Baco.
- AMENT.—Diosa egipcia.
- AMENTI.—Uno de los varios nombres del infierno egipcio.
- AMICLAS.—Hijo de Zeus y de la ninfa Taygete, héroe de Laconia.
- AMICO.—Hijo de Neptuno, célebre por su destreza en el pugilato, y que fué muerto por Pólux en un combate.
- AMINTOR.—Rey de los dólopos y padre de Fénix, que fué muerto por Hércules, a quien negó el paso por sus dominios.
- AMPELOS.—Hermoso adolescente, amante de Baco, quien le metamorfoseó en viña.
- AMRITA.—Ambrosia o brebaje de inmortalidad que se disputaron los dioses y los asuras en la mitología brahmánica.
- AMSET.—Uno de los cuatro genios funerarios de la mitología egipcia.
- AMULTO.—Rey legendario de Alba. Hijo de Procas, destronó a su hermano Numitor y fué muerto por Rómulo y Remo.
- ANA.—Nombre mitológico caldeo.
- ANADIOMENA.—Sobrenombre de Venus.
- ANAITIS.—Diosa adorada por los lidios, los persas y los armenios. En cierta manera, venía a ser la Venus de los griegos.
- ANAKETA.—Fiesta con que se honraba en Atenas a los dioscuros, llamados también anakes.
- ANAT.—Diosa asiria que representaba el elemento pasivo de la materia generatriz correspondiente a Amí, personificación del caos primordial.
- ANDROGEO.—Hijo de Minos, célebre por su fuerza extraordinaria. Fué enviado por Egeo para matar al toro de Maratón, sucumbiendo en la empresa.
- ANDRÓMACA.—Princesa troyana, hija de Ecion, esposa de Héctor, fué, después de la toma de Troya, esclava de Pirro, hijo de Aquiles, que la llevó consigo al Epiro y luego la cedió a su esclavo Heleno, hermano de Héctor.
- ANDRÓMEDA.—Hija de Cefeo, rey de Etiopía, y de Casiopea. Esta cometió la imprudencia de mostrarse orgullosa de la hermosura de su hija, y Neptuno, ofendido, envió un monstruo marino para destruir el país. El azote cesaría si Andrómeda se entregaba al monstruo, según el oráculo de Amón, por lo que su padre la encadenó a una roca junto al mar, de donde la libertó Perseo, después de dar muerte al monstruo.
- ANFIARAO.—Célebre adivino, hijo de Apolo y de Ipermestra. Tomó parte en la caza de Colidón, en la expedición de los Argonautas y en la primera guerra de Tebas. Fué sepultado con su carro y sus corceles en el seno de la tierra por Júpiter.
- ANFIDROMIA.—Fiesta con que celebraban las familias atenienses los nacimientos.
- ANFIÓN.—Príncipe tebano, hijo de Júpiter y de Antíope. Recibió de Apolo una lira de oro, y al son de ella edificó la ciudad de Tebas. Representa la potencia del canto con la música.
- ANFITRIÓN.—Hijo de Alceo y de Hipponoma. Se apoderó de Tebas y casó con Alemena, que fué seducida por Júpiter. Fué espléndido en sus banquetes.
- ANFITRITE.—Diosa del mar, hija de Nereo y Doris y esposa de Neptuno.
- ANNONA.—Diosa romana que presidía el abastecimiento anual de granos y de la que dependía la compra-venta y el precio de dicho artículo.
- ANQUISES.—Príncipe troyano, padre de Eneas. Éste, durante el incendio de Troya, lo cargó sobre sus hombros y lo llevó hasta las naves.
- ANTENOR.—Príncipe troyano, pariente de Príamo. Traicionó a su patria, favoreciendo los intereses de Grecia, y después de la toma de Troya se refugió en Italia, donde fundó a Padua.



# El Señor Gobernador por Edmundo González Blanco

## (Conclusión)

### IV

Acababa Enrique de cenar, cuando el ordenanza del Gobierno se presentó en el comedor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Enrique, un poco extrañado.

El ordenanza, como mejor pudo y supo, le explicó que la esposa del guardia detenido, Nicolás Barrientos, solicitaba audiencia, y le rogaba le perdonase haber elegido hora tan intempestiva. Le acompañaban tres pequeñuelos, el mayor de los cuales no llegaba a siete años. Venía a solicitar para su marido la clemencia del señor gobernador.

Sin moverse de su sillón, Arias reflexionó unos minutos. Al cabo, dijo al ordenanza:

—Que suelten inmediatamente a Barrientos, y que suban todos juntos.

Silenciosos como sombras y mostrando en su semblante el temor de que se hallaban poseídos, los dos esposos penetraron en la estancia. El rostro del gobernador se contrajo con un gesto ambiguo. Y, mirando fijamente al guardia, murmuró con voz seca y breve:

—Háganme el favor de sentarse.

Obedecieron los cuitados, mientras los niños, por un movimiento de instintiva familiaridad, en la infancia tan común, se acercaron al gobernador. Dirigió éste sus manos a los servicios de la mesa, y, extrayendo de ellos algunos dulces y frutas, los distribuyó entre los hijos del guardia. Luego sacó de su bolsillo tres billetes de cien pesetas y puso uno en las manos de cada una de las criaturas, diciendo:

—Tomad, para que mamá os compre calzado y unos trajecitos.

—¡Oh señor!—exclamaron el guardia y su mujer, entre agradecidos y recelesos, porque no sabían qué pensar de aquella extraña conducta.

Arias se recogió un momento en sí, y poniendo en sus palabras un fuego de exaltación, atenuado por un acento de ruda sinceridad, expuso:

—Lo que, anteayer y a la puerta del Gobierno, hizo usted conmigo, Nicolás, es tan deshonesto para su persona y para la dignidad de la profesión que venía ejerciendo, que no puede usted continuar un solo minuto en el cuerpo de Seguridad. Queda usted, pues, expulsado de él.

—¡Oh señor!—repitieron el guardia y su mujer, esta vez medrosos y sobresaltados.

—Paciencia, paciencia, amigos míos. Déjenme proseguir, sin interrumpirme un momento. La expulsión se impone como represalia justa. Pero no me juzguen tan Barrabás, que vaya a dejar a una familia humilde en la indigencia.

Los cónyuges respiraron, aunque sin tranquilizarse en absoluto. ¿Adónde iría a parar aquel hombre extraño?

—He tomado de sus jefes los debidos informes, y estoy enterado de cuanto le concierne. Es usted hijo de unos labradores de un pueblo de la Sierra, seis leguas de aquí. Ha servido usted en el Ejército, y ha sido un soldado limpio, obediente, disciplinado, bien quisto de sus superiores. Cumplido su servicio, en vez de volver a su lugar a labrar la tierra, ingresó en el Cuerpo de Seguridad por el mismo motivo por el que ingresan todos en el caso de usted: por no trabajar. La vida de ciudad, como guardia, es harto más descansada que la

vida de campo, como labrador. Su madre había quedado viuda, con usted y con una hija. Como usted no se avenía a cultivar los cuatro terrones que constituyen el patrimonio familiar de los tres, su madre casó a su hermana con un mozo de la villa, el cual desde que usted es guardia—y hace diez años de ello—viene administrando su pequeña hacienda, y cultivando la escasa tierra que su padre les legó al morir. Indudablemente, usted, cuando su madre fallezca, no posee derecho moral alguno a heredar la parcela más mínima de esa tierra, que no ha trabajado. Esa tierra pertenece a su hermana, a su cuñado y a sus sobrinos. Pero todo tiene arreglo en este mundo.

El gobernador se levantó, sacó su cartera, extrajo de ella diez billetes de a mil, y, entregándoselos al guardia, dijo:

—Me he informado del precio irrisorio a que se venden en su pueblo los terrenos cultivables. Con esas diez mil pesetas, dispone usted de cantidad suficientísima para comprar un modesto predio, que permita a usted y a los suyos vivir con decoro. Propiedad es independencia, y, si usted se aviene a depender de continuo de sus superiores jerárquicos, es porque el servicio militar le ha acostumbrado a la bajeza, al servilismo, a la adulación. Y ya ve usted, después de lo que anteayer hizo conmigo, para lo que le hubiera valido todo eso. Si llego a dar parte por escrito de usted, le proceso y le hundo. Pero yo, inflexible con los altamente colocados, sé perdonar a mis inferiores, y ser con ellos clemente y benigno... ¡A trabajar!... ¡Ese el castigo que le impongo!

La mujer del guardia cogió las manos del gobernador, y se las besó efusivamente, regándoselas con sus lágrimas, y murmurando palabras de gratitud. El guardia apenas podía hablar, sobrecogido ante tanta grandeza.

—Vayan ustedes con Dios, y digan, a todo el que quiera oírles, cómo venga sus agravios el nuevo gobernador.

Acababan de salir el guardia y su familia, cuando el Jefe de Seguridad y el de la Guardia Civil entraron.

—Señor—dijo el primero—, los padrinos del alcalde esperan en el departamento contiguo.

El gobernador sonrió.

—Por lo que veo, nuestra primera autoridad municipal quiere batirse a todo trance... ¿Tienen ustedes inconveniente en servirme de padrinos?

—Tenemos un gran honor—respondieron ambos jefes, inclinándose.

—Pues vayan a entrevistarse con esos señores, y transmitanles las condiciones en que acepto el duelo.

Expúsolas el gobernador con brevedad, y los dos jefes pasaron al gabinete próximo a cumplir su cometido.

El debate no fué largo. Los padrinos del alcalde alegaron que éste había sido insultado por el gobernador, y que quería que el encuentro fuese a pistola. Pero a los padrinos del gobernador les resultó facilísimo demostrar lo contrario. Ciertamente que el gobernador había llamado al alcalde cacique, pero esto constituía, a lo sumo, una ofensa reparable con una explicación o satisfacción verbal, y sin recurrir a una solución extrema. El verdaderamente insultado lo había sido el gobernador, e insultado en los términos más soeces y depresivos. Por consiguiente, le correspondía el derecho a la elec-



ción de armas, y elegía la espada, que es el arma del caballero.

Después de varias idas y venidas del Gobierno al Ayuntamiento, y del Ayuntamiento al Gobierno, los padrinos del munícipe, hubieron de ceder a la exigencia de la parte contraria.

El desafío se verificó en las afueras de la población, al amanecer del siguiente día. El alcalde apenas sabía manejar la espada, mientras que Arias era un tirador de primera fuerza. Hubiera podido, pues, matar impunemente a su enemigo. Pero se contentó con dirigirle una estocada lateral, que le hirió levemente en el hombro. Los cuatro testigos dieron por terminado el duelo.

## V

¡Válgame Dios, y cuál será aquel que buenamente pueda referir y puntualizar el revuelo producido en aquella capital de provincia por las estupendas proezas del nuevo gobernador! ¡Cuántas y en cuán poco tiempo ocurridas! Las hablillas no cesaban, los comentarios eran infinitos, y hubo opiniones para todos los gustos. Quien tenía a Arias por loco, quien por santo, quien por histrión, quien por cínico. El sentimiento general era de hostilidad inmanente y difusa. Pero no le faltaron admiradores y partidarios. En casinos y en tertulias, se le discutía continuamente y con calor. Ni podía ser de otra manera, tratándose de un hombre cuya actuación gubernativa significaba la profanación de todos los conceptos burgueses y de todas las mentiras convencionales. Jamás tan peregrino gobernador había conocido aquella capital de provincia.

Llegó la Semana Santa. El Viernes se invitó al gobernador, según costumbre, a la procesión del Santo Entierro. El gobernador no asistió. Era la primera vez que esto ocurría allí, y el hecho produjo malísima impresión, y fué comentado desfavorablemente, aun por los elementos no clericales.

Pero cinco días después, ocurrió algo, en que el nuevo gobernador reveló ya toda su decisión e inteligencia, y que le colocó muy alto en el concepto del público. Fué el caso que la investigación policiaca por él ordenada y dirigida, para la busca y captura de los asesinos de la anciana madre del sacerdote, hacía siete años impunes, dió un resultado satisfactorio el martes de Pascua. No obstante que, al comienzo, no se encontró ningún indicio, el nuevo gobernador manifestó tal actividad y perspicacia, que logró, al fin, dar con los criminales, que eran dos hermanos carpinteros y seis auxiliares más, quienes pasaron a la cárcel, después de haber confesado su delito. El éxito no podía ser más rotundo. Y el pueblo temió al nuevo gobernador.

Ventilado satisfactoriamente tan importante asunto, Arias disolvió los tres prostíbulos, trasladando a todas sus meretrices a la corte, convenientemente conducidas por agentes de vigilancia. Luego suprimió las tres casas de juego. Como se enterase de que cierta individua de apariencia respetable, y que pasaba por señora devota y de condición modesta, había convertido su casa en un lugar de prostitución clandestina para los jóvenes ricos de la ciudad, detuvo a la proxeneta, y la desterró a Madrid. Y, como supiese que el juego, desalojado de sus centros clásicos, había buscado en los casinos refugio, persiguió implacablemente a los dueños de los casinos, sometiéndoles a detenciones frecuentes, e imponiéndoles multas cuantiosas.

Entonces Arias se convirtió en el gobernador predilecto de las mujeres. Lamentaban éstas su falta de religiosidad, pero tuvieron que reconocer que era varón de pro aquel que había acabado radicalmente con la prostitución y con el juego, esos dos enemigos de la familia. Los hombres, por lo contrario, empezaron a mirarle con malos ojos, ahogando en silencio su indignación mal contenida, o recurriendo a la murmuración,

para desahogar su rabia impotente. No podían tolerar tamaña energía, y veían con odio a un gobernador constituido en arriero de vara, que apaleaba por igual a cuantos vivientes se le ponían por delante.

En comunicación amistosa, desde la segunda semana, con los presidentes del Círculo Mercantil y del Centro Obrero, así como con el director de *La Lucha*, periódico de la extrema izquierda liberal, empezó a dar conferencias en los primeros, y a escribir artículos en el segundo. Las personas ilustradas de la ciudad sabían que Arias era un gran orador y un gran escritor. Pero la realidad excedió, en este punto, a todo lo que podía esperarse de su fama y nombradía. Sus conferencias, doctas y eminentemente jugosas en el fondo, eran en la forma de tan arrebatadora elocuencia, que arrancaban continuos y unánimes aplausos, los cuales se convertían, al final, en imponentes ovaciones. Sus artículos gustaban a toda clase de gentes. Escribía sobre los más diversos asuntos, redactando cuentos, novelas cortas, crónicas, trabajos críticos, y llegando a convertirse su producción en una verdadera miscelánea literaria, costumbrista, política y social. El público le fué fiel desde el primer trabajo suyo que en *La Lucha* apareció, y acabó por ser leído con tanta avidez, que el solo anuncio de que aquel diario publicaría en folletín una novela suya larga, aumentó enormemente el número de suscriptores, y hubo que elevar inmediatamente la tirada del periódico en proporciones insospechadas.

En todas sus cosas sabía ser justo y promover el bien. Cierta día, a la caída de la tarde, y paseando por las afueras de la población, vió un grupo de obreros jóvenes, que habían atado a un gato en las ramas de un árbol, y que se entretenían en tirarle piedras. Montó en cólera Arias, acercóse a ellos, y afeándoles su conducta, les mandó que soltases al animal, y que cesasen en su juego sin demora. Y, sacando su revólver les advirtió que, si no le obedecían inmediatamente, allí los había de matar a todos. Los individuos, avergonzados, hicieron lo que les ordenó Enrique, a pesar de no saber ninguno que era el propio gobernador, el cual, no bien llegó a su domicilio, mandó llamar a Andrés Rubio, el presidente del Centro Obrero, a quien relató lo sucedido, exhortándole a que emprendiese una campaña de moralización, que él secundaría con toda su voluntad.

—Al lado de esos salvajes—concluyó diciéndole—son atenienses los moros del Riff... Ya tengo punto de arranque para la conferencia de esta noche.

Así, después que, por medio de la oratoria y de la prensa, puso al tendadero su ropa espiritual, lo extendió en la práctica todo lo posible, para que el maligno público pudiese registrar hasta su último pliegue.

En sus viajes por la provincia, hubo de observar cuán grande era el número de braceros parados, y, para aliviar este mal, envió una información al Gobierno, que le mandó muchas órdenes, pero ningún recurso. Entonces excitó el celo de algunos alcaldes patriotas y de algunas corporaciones rurales, con cuya ayuda, disponiendo sólo de los medios ordinarios, y, sin faltar a una sola prescripción legal, logró entretener diariamente, en obras públicas, a más de 3.000 trabajadores.

No hizo caso el nuevo gobernador de la enfadosa formalidad de los trámites. A semejanza de Campoamor, cuando fué gobernador de Castellón de la Plana, parecióle la tramitología una ciencia hipócrita e indigna de la bondad de su proceder, y se puso a administrar sin trámites, es decir, se puso a legislar por cuenta propia. Al ver a todos los pueblos de la provincia, no sólo deslustrados, sino negros como las alas del cuervo, mandó que se pusiesen todos blancos como el plumaje de los cisnes. Su primer acto administrativo produjo un resultado brillante, en apariencia, aunque, en realidad, dió motivo de un principio de oposición a su persona, pues, por vía confidencial, se pintó al Gobierno ese su primer acto de limpieza como una ilegalidad. El Gobierno no prestó oídos a las quejas que elevaba un



partido enemigo de Arias, y éste continuó haciendo todo lo que las leyes no le prohibían expresamente. Así es, que obligó a todos los pueblos a convertir en caminos sendas trazadas sin duda por los primeros sucesores del hombre de las cavernas, y que, desde los comienzos de la creación, no habían sido frecuentadas por más transeúntes que por algunas bandadas de perdices.

Dentro de la capital, fué donde Enrique más laboró por el bienestar de los obreros. Contribuyó con catorce mil pesetas a adquirir para el Centro un edificio magnífico, que reemplazó al caserón viejo, en que antes se congregaban los socios. Aumentó el menaje y el número de volúmenes de la Biblioteca, perfeccionó el material de enseñanza, creó clases nocturnas para adultos, y buscó maestros a la moderna, que instaurasen la Escuela del Trabajo, novedad que no existía aun, y eso como ensayo o comienzo, sino en los más adelantados países. Por influencia e intervención suyas, ganaron los obreros tres huelgas. Finalmente, tanto, por esa parte, hizo y consiguió, que sus enemigos le apodaban, por burla *el gobernador proletario*.

Así transcurrió un verano, fecundo, para él, en triunfos, y más fecundo, para la provincia que gobernaba, en bienes positivos. A comienzos de otoño, tuvo lugar, en la Audiencia, la vista-causa de los dos hermanos carpinteros que asesinaran a la anciana madre del cura y de los seis auxiliares que tomaran parte en el crimen y en el frustrado robo. Los carpinteros fueron condenados a muerte, y los otros a diversas penas. Como sucede en tales casos, nadie quería que se llevase a cabo la ejecución, y todos, autoridades, entidades, círculos, cofradías, clero y pueblo, elevaron súplicas e instancias al Gobierno, para que obtuviese del monarca la conmutación de la pena. Todo parecía ya inútil, cuando Arias, que había fingido permanecer extraño e indiferente al movimiento del deseo público, se decidió a obrar por cuenta propia. Sin dar un cuarto al pregonero, una noche salió en automóvil para Madrid. No obstante la estrecha amistad que le unía al primer ministro, le costó impropio trabajo que éste se aviniese a arrancar el indulto al rey. Pero lo logró, al cabo, y el indulto llegó a la ciudad, cuando los reos estaban ya en capilla.

Tal fué el último triunfo del excelso gobernador.

## VI

En medio de sus grandes éxitos, Enrique se veía acosado por todos lados. El caciquismo y el clericalismo se habían concitado contra él. Valiéndose de cuantos medios pueden sugerir la maldad y la astucia, desacreditábanle *sotto-voce*, y, a favor de las tinieblas, trabajaban y preparaban sus planes para destruirle. En la sombra, afilaban sus puñales para acabar con el temible gobernador. Había un poder formidable, aunque oculto e invisible, que zapaba y minaba la opinión pública, aun la más favorable al grande hombre. Ciertamente éste no galanteaba, ni bebía, ni jugaba; que hacía limosnas, tan frecuentes y cuantiosas como reservadas y discretas; que buscaba en persona trabajo para el que no lo tenía; que era amigo de los obreros, de los humildes, de los pobres. Pero todo esto no le valía de nada. Sus enemigos no veían en ello más que un truco hipócrita.

Pronto la oposición salió de los conciliábulos secretos a la luz del día. Los concejales, los curiales, los diputados y los burgueses, no se recataban de protestar, en casinos y en tertulias contra «el odioso e insoportable yugo de aquel advenedizo, de aquel dictadorzuelo imprudente, de aquel filósofo de secano». Los curas le dirigían claras alusiones en los púlpitos. Todos añoraban los buenos tiempos en que regían la provincia gobernadores indiferentes, descuidados, morosos, taca-

ños y modestos, para quienes la felicidad pública consistía en su comodidad privada.

Pero Arias continuaba impávido en su puesto y en su actitud. Cuando sus amigos los obreros le ponían en autos de cuanto sobre su persona propalaban caciques y clericales, contestaba invariablemente con las nobles palabras de San Juan de la Cruz:

—Las olas de la calumnia baten hoy mi rostro, pero no le manchan. Mañana pasarán sobre mi cabeza, sin alcanzar mi frente.

Pero la enemiga caciquil y clerical seguía escondiéndose bajo el velo de una serie de perfidias astutamente tejidas. La neutralidad recelosa de la burguesía prestaba, por otra parte, armas para que los adversarios del gobernador le hostilizasen cada vez más. En el ambiente de la población, había presagios de tragedia.

Un sábado, a primera hora de la noche, el secretario del gobernador sorprendió, notificándole:

—Don Enrique, en el gabinete próximo le espera Alicia Muro.

—Alicia...

—Alicia Muro, la hija del alcalde.

—¿Qué querrá de mí esa señorita?

—Ella se lo dirá.

Pasó el gobernador a la estancia contigua, y se encontró ante una joven de arrogante figura y de extraordinaria belleza. No recordaba haberla visto nunca.

Después de un saludo recíproco, mudo y breve, la joven exclamó con precipitación:

—Caballero, aunque usted no me conoce, y aunque haya herido en duelo a mi padre, siempre sentí por usted viva simpatía. Aun no hace media hora que, desde un pasillo, sorprendí una conversación que en el salón sostenían mis papás. Por ella supe, que mañana, domingo, saldrá a la calle una manifestación popular contra usted.

—¿Manifestación popular?

—Sí, del populacho, de la chusma encanallada, de la hez de la población. La manda un tal Pataco, matón y licenciado de presidio.

El gobernador quedó en una pieza.

—Tome usted todas las medidas necesarias para evitar a la ciudad un día de luto.

—Gracias, mil gracias, señorita, por su generosa advertencia. Es usted un ángel, una santa.

—Me voy en seguida. Pretexté con mamá que iba a la novena. Abajo me espera la criada.

Arias, conmovido por la hermosura y por la bondad de la joven, cogió su mano derecha entre las suyas, y se la estrechó fuertemente, en tanto le lanzaba una mirada elocuentísima, que iba directa al corazón.

—Adiós, señor gobernador.

—Llámeme usted Enrique.

—Adiós, Enrique.

—Adiós, Alicia. Soy huérfano y soltero. Si mañana sucumbo, ofrendaré a usted mi último suspiro.

El gobernador se encerró en su despacho con su secretario, a quien hizo escribir largamente. Después, mandó a un empleado que fuese en busca del jefe de Seguridad, del jefe de la Guardia Civil y del presidente del Centro Obrero.

Cuando llegaron los tres hombres, Arias les transmitió la noticia que acababa de comunicarle la hija del alcalde. Los tres hombres quedaron en extremo sorprendidos. ¡Tan masónicamente habían fraguado la conspiración caciques y clericales!

—Señor gobernador—indicó el jefe de Seguridad—, es necesario que mis policías y mis agentes de vigilancia den esta noche una batida, para apresar a Pataco y a toda la gente maleante.

El gobernador metió la barbilla en el pecho, frunciendo de dudas la frente.

—Aun cogiendo a algunos de esos matones—repuso al fin—, no creo que impediríamos la asonada.



—Opino lo mismo—acrecentó el comandante Arenas. —Pero, con mis guardias civiles me basto y me sobro para ahogar el tumulto apenas estalle.

El gobernador levantó la cabeza, y un súbito trastorno le nubló la cara.

—No, no, nada que pueda echar leña al fuego. Quiero evitar todo derramamiento de sangre. Lo que hay que hacer es reconcentrar aquí esta noche todas las fuerzas de Policía y de Guardia Civil, y hasta todos los empleados del Gobierno, a quienes se distribuirá armas. Pero permanecerán dentro del edificio, mientras los manifestantes no vengán a asaltarlo. El llamado a esperarlos y a recibirlos, soy yo.

—¡Qué locura!—exclamó el capitán Castillo.

—No por cierto. La manifestación se dirige exclusivamente contra mí. A mí me corresponde, por tanto, enfrentarme con ella.

En vano los jefes trataron de disuadirle. Arias les cortó la palabra con tajante fórmula.

—El mando supremo es el mío, y el primer deber de ustedes es la obediencia.

El presidente del Centro Obrero, que hasta entonces no había hablado, intervino, para decir:

—Don Enrique, en estos señores manda usted, pero en mí, no. Y, quiera usted o no quiera, mañana movilizo a los obreros en contramanifestación, para zurrar y disolver a esa gentuza.

—Tampoco, querido Andrés. No empeoremos las cosas. Gracias por tu buen deseo. En vosotros he encontrado siempre el aliento que necesitaba. Pero no quiero que tantos hombres, muchos con mujer e hijos, expongan su vida por uno solo, huérfano y soltero.

La tranquilidad de Arias desconcertaba a los tres hombres. Pero aún les esperaba la última sorpresa.

—Señores —expuso el gobernador—, por si mañana pierdo la vida, acabo de hacer mi testamento, que por mi secretario mandé al notario señor Pasarán. No tardarán en venir ambos a ponerlo a mi firma. Como no tengo parientes próximos, ni hijos naturales, he dispuesto dar un destino a los cuarenta mil duros, que constituyen mi modesta fortuna, y que se hallan depositados en un Banco de Zaragoza, mi ciudad natal. Si muero, quince mil duros (*dirigiéndose al capitán Castillo y al comandante Arenas*) se distribuirán, a partes iguales y en concepto de mandar, entre todos ustedes, mis subordinados, policías, guardias civiles y empleados del Gobierno, por el celo y por el afecto con que me han servido. Los veinticinco mil restantes (*dirigiéndose a Andrés*) los lego al Centro Obrero, para que sus socios constituyan con ellos una pequeña Bolsa de Trabajo. Quiero que se traslade mi cadáver al Centro Obrero, que se me ponga en el ataúd con la misma ropa que lleve al morir, y que a mi entierro sólo asistan los trabajadores y mis subordinados. De las doce mil pesetas que guardo en la gaveta de mi despacho, una parte se dedicará a los gastos de mi entierro, y otra se repartirá entre algunas familias pobres. Tal es mi voluntad postrera, que ustedes cumplirán en todas sus partes, si, por desdicha, mañana sucumbo.

## VII

Alegro la mañana dominal el toque campanero, que llamaba a misa. Pero casi no había gente en las calles. La ausencia total de la fuerza pública en las calles, lejos de tranquilizar, alarmaba a las personas que tenían ciertos barruntos de lo que iba a ocurrir. Veíase a los vecinos pacíficos discurrir callados, por las aceras o deslizarse, furtivos, por las bocacalles de la arteria central de la ciudad moderna.

Andrés había reconcentrado a los obreros en el barrio de San Miguel, donde la mayoría de ellos habitaban, y que, como sabemos, se hallaba situado inmediatamente después del puente de dos ojos que cabalgaba

sobre el río grande, al comienzo de la carretera de Madrid.

Hasta las diez de la mañana, pareció reinar la tranquilidad más perfecta. De pronto, empezó a oírse a lo lejos un vocerío sordo. Poco a poco, fué acercándose, y, al fin, en la arteria central de la parte baja de la población, irrumpió una muchedumbre heterogénea.

Puertas de casas y de comercios se cerraron. El vecindario en masa se asomó a los balcones.

La abigarrada multitud avanzó en dirección a la casa del Gobierno. Componíanla truhanes, que disponían de pistolas; matones, que llevaban navajas en los bolsillos; *sindicalistas-católicos*, que empuñaban garrotes; muchachos crecidos, que se habían armado de gruesas piedras; hortelanos devotos, que en sus fajas escondían hachas y machos. Pero el grueso de la fuerza representábanlo numerosos mozalbetes de afeitado rostro. Eran los *seminaristas* internos, que, despojados de sus sotanas, y movilizados por el clericalismo, iban a embestir fieramente contra el gobernador liberal e irreligioso que tenía escandalizada a la población con su incredulidad.

La turba caminaba, lanzando gritos subversivos, entre el pavor de los ciudadanos neutrales.

—¡Fuera el déspota! ¡Fuera el impío!

Cientos de voces se elevaban en el aire como clarines de guerra.

—¡Abajo Enrique Arias! ¡Muera el gobernador!

La manifestación se detuvo a unos cincuenta metros del Gobierno Civil.

Enrique Arias apareció en el umbral del edificio, y dió algunos pasos al frente. Llevaba el mismo vestido con que en la ciudad había entrado: *kepís*, al uso de entonces, traje de pana y botas de montar.

Hubo un silencio temeroso. Los manifestantes no esperaban aquel rasgo de inaudita valentía.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó el gobernador—. ¿Qué venís a pedirme?

—¡Tu inmediata dimisión! —respondió audazmente Pataco, el matón y licenciado de presidio, que acaudillaba el motín.

El gobernador se cruzó de brazos. En su rostro, trágicamente pálido, los ojos tenían iluminaciones sangrientas.

—¿Mi dimisión? ¡Jamás! ¡No marcharé de aquí hasta que os haya civilizado, cobardes... hasta que os haya sentado la mano a todos, bandidos!

—¡Fuera el aragonés orgulloso! ¡Muera el baturro maldito!

Pero, en aquel momento, los rebeldes quedaron sorprendidos ante algo que no había previsto ninguno. Por el puente de San Miguel llegaban corriendo todos los obreros de la barriada exterior, capitaneados por Andrés Rubio, el presidente del Centro. Al llegar al término del puente, Andrés dispuso que una tercera parte de sus hombres rodease la ciudad por la colina en que estaban situados el Hospital Provincial y la Casa de Beneficencia, para ganar el otro extremo de la arteria central, y atacar por la espalda al enemigo. Mientras, él avanzó a paso largo con el resto de los suyos.

Nadie vió quien lanzó el disparo. Pero un tiro salió de entre el montón de sublevados energúmenos, e hizo blanco en el corazón de Enrique.

La muerte fué instantánea. El gobernador rodó por tierra sin movimiento.

Salió toda la fuerza acuartelada en el Gobierno Civil. Entre varios, cogieron el cadáver de Arias, y lo metieron dentro.

Andrés, loco de espanto y de furia, gritó a su gente:

—¡Corramos, compañeros, corramos a castigar el crimen de esos infames!

Los insurrectos se encontraron encajonados, copados, colocados entre dos fuegos. Los obreros de uno y de otro lado, provistos de escopetas y de revólvers, les dirigían sin interrupción descargas cerradas. Y comenzó



una lucha feroz, epiléptica, sin cuartel, mezclada con alaridos de manicomio y ayes de agonía. La ira enardecía a los amigos del gobernador.

Pero aquella situación debía terminar. El comandante Arenas ordenó que las fuerzas de caballería siguiesen a galope el mismo camino que las obreras que Andrés cueradamente había destacado del grupo, y él, con las de infantería, se acercó a los combatientes, y exclamó, desde lo alto de su caballo:

—¡Deténganse los obreros de ambos lados, y abran dos caminos a la fuerza pública, para que pase a apresar a los insurrectos!

El comandante fué inmediatamente obedecido, y, sin

encontrar dificultad alguna, se hizo cargo de los sicarios de la algarada caciquel y clerical, en cuya manobra le prestaron los obreros armados eficaz ayuda.

Pasaban de cuatrocientos los revoltosos. Todos quedaron detenidos y a disposición del Juzgado.

Las últimas voluntades del difunto cumplieronlas estrictamente el presidente del Centro Obrero, el comandante de la Guardia civil y el capitán de Seguridad.

Y es fama que, al día siguiente del entierro, Alicia la bella hija del alcalde, fué al cementerio, y que, después de rezar y de llorar largo rato sobre la tumba del gobernador, dejó en ella un ramo de siemprevivas.



## PUBLICACIONES RECIBIDAS

VIDA. — Portavoz de la F. R. Campesina de Levante.

LA F. I. J. L. con el pueblo. — Folleto de las Juventudes Libertarias de Levante.

HOMBRES Y HECHOS, por Oscar Blum. — Ediciones C. N. T. de Levante.

EL SINDICATO Y LA COLECTIVIDAD, por Juan López. — Ediciones C. N. T. de Levante.

BOLETIN DE INFORMACION DE LA A. I. T.—4, Square Gean-Folck.—Bd. de la Villette, 117.—PARIS.

LA NOUVELLE ESPAGNE ANTIFASCISTE.—Paris.

LE COMBAT SYNDICALISTE.—Paris.

IZQUIERDA. — Revista del Magisterio Guanajuatense.—MEXICO.

FRENTE POPULAR.—New-York.

OU VA L'ESPANGNE?—Les cahiers de «Terre Libre».—Nimes.

L'ESPAGNE NOUVELLE.—Nimes.

L'ENDEHORS.—Orleans.

C. N. T. MARITIMA. — Valencia.

REGLAMENTO DEL C. E. C. Y NORMAS DE ORGANIZACION DE SUS COMISIONES. — Editado por el Consejo Económico Confederal.—Barcelona.



UN LIBRO

PROXIMO A APARECER



# Mientras aúlla la hiena fascista

VERSOS DE GUERRA Y DE TRIUNFO

por

**Félix Paredes**



---

Iniciamos nuestra Biblioteca Literaria, con la publicación de este volumen de versos. Poesía de guerra. Versos seleccionados de la producción lírica de Félix Paredes, sorprendente poeta de nuestra lucha, que ofrecemos a nuestros lectores en edición restringida de ejemplares, pero en discreto alarde de presentación tipográfica.

---

Ayuntamiento de Madrid



OFRECE ESTAS 7 INTERESANTES OBRAS:

*Mi comunismo*

Sebastián Faure

●  
*Aventura (poema de juventudes)*

Dr. F. Martí Ibáñez

●  
*Dum-Dum (cuentos de guerra)*

Arsenio Olcina

(próximamente)

●  
*Las meditaciones de un loco*

*La Virgen de los siete dolores*

Mario Mariani

●  
*Apoyo Mutuo (un factor de la evolución)*

Pedro Kropotkin

●  
*La ciencia social (fundamentos de la Sociología)*

H. Spencer